

BOLETÍN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XL.

MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1916.

NÚM. 678.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

La Pedagogía social como programa político, por D. José Ortega y Gasset, pág. 257.—Conocimiento y carácter, por William Archer, página 268.—La ornamentación floral de la escuela, (continuación), pág. 274.

ENCICLOPEDIA

Tipos de tiempo, por D. Nicolás Sama (conclusión), pág. 279.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Deuda, por D. Modesto Bargalló Ardóbol, pág. 285.—Don Francisco Giner de los Ríos, por D. Luis E. de la Rocha, pág. 286.—El maestro de maestros que se fué: Don Francisco Giner de los Ríos, por D. V. Ballester-Soto, página 287.—Libros recibidos, pág. 287.

PEDAGOGÍA

LA PEDAGOGÍA SOCIAL COMO PROGRAMA POLÍTICO (1)

por D. José Ortega y Gasset,

Catedrático de la Universidad Central.

Pesimismo metódico.—Este hecho de que yo ahora os dirija la palabra, acaso sea baladí para vosotros: para mí es un triste hecho, lo declaro francamente. Vuestra Sociedad tiene en España alto renombre y distinción: sois uno de los hogares venerables donde, para librarse del agostamiento, han venido a recluirse los residuos de la fortaleza española. Soléis llamar entre vosotros aquellos compatriotas que representan las máximas condensaciones de la cultura nacional, hombres que han dado cima a obras de ciencia o a obras de política,

(1) Esta conferencia fué leída en la Sociedad «El Sitio», de Bilbao, el 12 de Marzo de 1910.

hombres que llegan a ofreceros la historia de su vida como un fruto maduro. Y ahora me hallo yo frente a vosotros, que vengo sin historia ni leyenda, que nada soy, puesto que nada he hecho: un mozo español. ¿Cómo ha sido esto posible? No me satisface explicarlo sólo por vuestra benevolencia: ha sido ésta muy grande ciertamente, mas aun siendo excesiva, yo no debí nunca rendirme a ella y no debí aceptar la invitación que en vuestro nombre me hacía el amabilísimo Sr. Balparda. Llegar sin más ni más a usar de la palabra desde este punto, supondría una pretensión tan injustificada, que necesito perentoriamente darme a mí mismo disculpas y a ser posible razones. Mas no hallo otras que tristes disculpas y melancólicas justificaciones. No puedo explicarme mi presencia aquí y ahora, sino pensando que el número de hombres dotados de plena madurez espiritual es en nuestra raza tan escaso, que se agota fácilmente y ha sido menester recurrir al taller del alma nacional, a lo que aun no está bien labrado, a lo que, cuando más, es todavía una preparación, un proyecto, una posibilidad, una esperanza.

Es, con efecto, en España la realidad cultural tan menguada y tan sórdida, que solicitáis al porvenir y tratáis de hacerlo prematuro. Llamando a la juventud confesáis el padecimiento de hombres ideales que no os han dejado satisfechas las generaciones más entradas por la vida, y sois claro emblema de nuestra sociedad entera, la cual, como los personajes de los cuentos azules, tiene que alimentarse con los verdes mirtos de la esperanza.

Ved cómo este hecho de hablaros, al tiempo que personalmente me enorgullece, puede suscitar en mi alma una densa melancolía.

En mi entender, señores, es cuestión de honradez que siempre que se pongan en contacto unos cuantos españoles comiencen por aguzarse mutuamente la amargura. Creo, señores, que la amargura debe ser el punto de partida que elijamos los españoles para toda labor común. La alegría no puede darse en estado nativo dentro de nuestros corazones: la alegría no puede ser un derecho natural ibérico. Gravitan sobre nosotros tres siglos de error y de dolor; ¿cómo ha de ser lícito, con frívolo gesto desentendernos de esa secular pesadumbre?

No llaméis esto pesimismo: reconocer la verdad no es nunca un acto pesimista. Carecer de sensibilidad para los inmensos dolores ambientes, no percatarse de la terrible mengua española, negar la espantosa realidad de nuestra situación, no podrá ser nunca verdadero optimismo, será siempre una falsedad.

Pienso que optimista ha de ser más bien el que colige y amontona su dolor, religiosamente, solícitamente, sin que se pierda un adarme, y luego lo emplea como abono de futuras fecundaciones, macerando en él su energía, sus aspiraciones y su intención. El dolor, señores, es un severo cultivo; la alegría es sólo la cosecha; en el dolor nos hacemos, en el placer nos gastamos. España es un dolor enorme, profundo, difuso. España no existe como nación. Construyamos España; que nuestras voluntades haciéndose rectas, sólidas, clarividentes, golpeen como cinceles el bloque de amargura y labren la estatua, la futura España magnífica en virtudes, la alegría española. Sea la alegría un derecho político, es decir, un derecho a conquistar. Podemos reconocer nuestro itinerario moral en aquel lema que Beethoven puso sobre una de sus sonatas: *A la alegría por el dolor*.

Los dos patriotismos.—La vida psíquica, señores, la vida de nuestra conciencia es movimiento, es pasar de una sensación

a otra, de una idea a otra, de un acto a otro. Ese movimiento supone un motor. En nuestra conciencia tiene que haber alguna porción de su contenido encargada de poner en movimiento el resto. A esos contenidos de nuestra psique, que funcionan como motores, llaman los psicólogos emociones. Tal la amargura.

La demostración del valor emotivo de la amargura nos sale al encuentro: como el cínico por las calles de Atenas, viene a demostrarnos su capacidad de movimiento, andando.

Con efecto; apenas sentido, con sincera amargura, el hecho español, la realidad actual española se nos convierte en un problema. Si sentimos que es España un pozo de errores y de dolores, nos aparecerá como algo que no debe de ser cual es, que debe ser de otra manera: España es, pues, un problema. Mas al punto nos sentimos solicitados a pensar cómo debía ser España; henos, pues, ya en movimiento: buscando la futura España, solución del problema español. España nos preocupa: nos sorprendemos ocupados seriamente en resolver un problema: estamos ya trabajando. La amargura nos devuelve la realidad de nuestra tierra convertida en problema, en tarea, y, como inopinadamente, nos hallamos purificados, convertidos en trabajadores, es decir, en hombres capaces de una activa honradez.

Hay dos maneras de patriotismo: es una, mirar la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra en que nacemos nos ofrece. Las glorias más o menos legendarias de nuestra raza en tiempos pretéritos, la belleza del cielo, el garbo de las mujeres, la chispa de los hombres que hallamos en torno nuestro, la densidad transparente de los vinos jerezanos, la ubérrima florescencia de las huertas levantinas, la capacidad de hacer milagros insita en el pilar de la Virgen aragonesa, etcetera, etc., componen una masa de realidades, más o menos presuntas, que es para muchos la patria. Como se parte del supuesto de que todo eso es real, está ahí, no hay más que abrir los ojos para verlo, resulta

que frente a esa noción de patria no queda al patriotismo más que hacer sino asentarse cómodamente y ponerse a gozar de tan deleitable panorama. Este es el patriotismo inactivo, espectacular, extático, en que el alma se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante.

Hay, empero, otra noción de patria. No la tierra de los padres, decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Patria no es el pasado y el presente, no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello: es, por el contrario, algo que todavía no existe, más aún, que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente para realizarlo nosotros mismos. Patria, en este sentido, es precisamente el conjunto de virtudes que faltó y falta a nuestra patria histórica, lo que no hemos sido y tenemos que ser, so pena de sentirnos borrados del mapa.

Por muy cumplida que sea la vida de un pueblo, tiene hartos que mejorar. Esa mejora de la patria esperan nuestros hijos de nosotros para que su existencia sea menos dolorosa y más llena de posibilidades. La mejora de la patria, la perfección de la patria, es la patria de nuestros hijos, y por tanto, la verdadera nuestra, si somos padres, no sólo en cuanto a la carne, sino en cuanto al espíritu y al deber.

Entendida así la patria, es el patriotismo pura acción sin descanso, duro y penoso afán por realizar la idea de mejora que nos propongan los maestros de la conciencia nacional. La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber.

De aquí que este patriotismo dinámico y, como dice Gabriel Alomar, futurista, se vea precisado constantemente a combatir el otro patriotismo quietista y voluptuoso. Para saber qué debiera mañana ser nuestra patria tenemos que sopesar lo que ha sido y acentuar sumamente los defectos de nuestro pasado. El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos.

España, problema político.—En otros países acaso sea lícito a los individuos permitirse pasajeras abstracciones de los

problemas nacionales: el francés, el inglés, el alemán viven en medio de un ambiente social constituido. Sus patrias no serán sociedades perfectas, pero son sociedades dotadas de todas sus funciones esenciales, servidas por órganos en buen uso. El filósofo alemán puede desentenderse, no digo yo que deba, de los destinos de Germania: su vida de ciudadano se halla plenamente organizada sin necesidad de su intervención. Los impuestos no le apretarán demasiado, la higiene municipal velará por su salud, la Universidad le ofrece un medio casi mecánico de enriquecer sus conocimientos, la biblioteca próxima le proporciona de balde cuantos libros necesite, podrá viajar con poco gasto, y al depositar su voto al tiempo de las elecciones volverá a su despacho sin temor de que se le falsifique la voluntad. ¿Qué impedirá al alemán empujar su propio esquife al mar de las eternas cosas divinas y pasarse 20 años pensando sólo en lo infinito?

Entre nosotros el caso es muy diverso: el español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales, será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio.

Este problema es, como digo, el de transformar la realidad social circundante. Al instrumento para producir esa transformación llamamos política. El español *necesita*, pues, ser antes que nada político.

La política puede significar dos cosas: arte de gobernar o arte de conseguir el Gobierno y conservarlo. De otro modo: hay un arte de legislar y un arte de imponer cierta legislación. Pensar qué ley es la más discreta en cada caso y pensar qué medio habría para hacer que esa ley llegue a convertirse en ley escrita y vigente, son cuestiones muy distintas, pero es menester repetir a toda hora que es un acto inmoral convertirse en conquistador del poder sin crearse previamente un ideal gubernativo. Cierto: política es acción, pero la acción es también movimiento: es ir de un lugar a otro, es dar un paso, y un paso exige una dirección que vaya recta hasta lo infinito.

Entre nosotros se ha hecho una separación indebida de la política de acción y la política ideal, como si la una tuviera sentido huérfana de la otra. La historia contemporánea de nuestro país ha hecho patente hasta qué punto de miseria puede llegar una política activa exenta de ideal político.

Necesitamos transformar a España; hacer de ella otra cosa distinta de lo que hoy es. ¿Qué cosa? ¿Cuál debe ser esa España ideal hacia la cual orientamos nuestros corazones, como los rostros de los ciegos suelen orientarse hacia la parte donde se derrama un poco de luminosidad?

Educación.—Pero hay otra serie de actos humanos que tienden asimismo a transformar la realidad dada en el sentido de un ideal. A esta acción de sacar una cosa de otra, de convertir una cosa menos buena en otra mejor, llamaban los latinos *educatio, educatio*. Por la educación obtenemos de un individuo imperfecto un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas. Nativamente aquel individuo no era bondadoso, ni sabio, ni enérgico; mas ante los ojos de su maestro flotaba la imagen vigorosa de un tipo superior de humana criatura, y empleando la técnica pedagógica ha conseguido inyectar este hombre ideal en el aparato nervioso de aquel hombre de carne. ¡Tal es la divina operación educativa merced a la cual la idea, el verbo, se hace carne! Mas si advertís, la educación, la pedagogía, tal y como vulgarmente se la toma, es la educación del individuo, la pedagogía individual. Yo quisiera que analizáramos brevemente este tópico.

La Pedagogía, en cuanto ciencia, puesto que trata de modificar el carácter integral del hombre, halla ante sí dos problemas: es el uno determinar aquella forma futura, aquel tipo normal de hombre cuyo sentido ha de intentarse variar al educando: este es el problema del ideal educativo. ¿Por ventura el pedagogo se arrogaría el derecho de imponer al material humano que alguien sometió a su solicitud una forma caprichosa? Sería perversamente frívolo no buscar la fijación del tipo ideal mediante una labor rigurosísima y exacta. El pedagogo

comparte con los demás hombres la responsabilidad de lo actual; pero además, como es él precisamente el preparador de lo futuro, pesa también el porvenir sobre su responsabilidad. Nosotros somos lo que en los sueños de nuestros padres y maestros se movía oscuramente: los padres sueñan a los hijos y un siglo al que le sucede. Por eso Shakespeare, que veía

*non ciò che il volgo viola con gli occhi
ma delle cose l'ombra vaga, immensa,*

dijo que estábamos tejidos de la misma urdimbre que nuestros sueños.

La ciencia pedagógica tiene que comenzar por ser la determinación científica del ideal pedagógico de los fines educativos.

El otro problema que le es esencial consiste en hallar los medios intelectuales, morales y estéticos por los cuales se logre polarizar al educando en dirección a aquel ideal.

Como la Física estatuye las leyes de la Naturaleza, y luego en las técnicas particulares se aplican estas leyes a la fabricación, así la Pedagogía anticipa lo que el hombre debe ser, y después busca los instrumentos para hacer que el hombre llegue a ser lo que debe.

¡El hombre, el hombre! No hacemos sino repetir esta palabra, como si pudiéramos asegurar de antemano que todos, al pronunciarla, nos referimos a lo mismo. Son las palabras, señores, ampolluelas de vidrios que cada cual hincha a su guisa de significado, y acaso el valor decisivo de la ciencia no consista en otra cosa que en dotar a los vocablos de significaciones exactas en las cuales tengamos todos que convenir. Mas, por lo menos, ciencia es hablar preciso.

Se busca al hombre.—¡El hombre!—exclamaba Montaigne rascándose con la pluma de ave la burlona testa.—¡Qué cosa más maravillosamente ondulante y varia! Parece cosa fácil, señores, decir qué es el hombre; parece que basta con fijar en él la mirada y dar un grito: ¡*Ecce homo!* ¡He ahí el hombre! Y sin embargo, ¿recordáis la dolorosa lámina? Una dulce figura esbelta y pálida, medio desnuda, manando hervor

religioso, temblando y ardiendo interiormente de caridad. Al contemplarla el pobre pueblo enfurecido, con pupilas de canes rabiosos, no ve en ella al hombre: ellos quieren al otro, a Barrabás, y el que les presentan es para ellos *éste*. Los fariseos tampoco vislumbran el hombre; ven sólo un heterodoxo, un sacerdote de una nueva divinidad matutina que por Oriente se levanta como un lirio celestial. Los soldados romanos, ceñidos de bronce, apoyados sobre los anchos escudos labrados, ven sólo un esclavo de cuerpo débil, tez tostada y aguileña nariz: un hebreo, en suma: es decir, un hombre de segunda clase exento de la ciudadanía; para ser plenamente hombre hay que ser, cuando menos, *romanus civis*, ciudadano romano. Andan por la turba, llenos de espanto y angustia, algunos pescadores galileos a quienes Jesús había prometido el reino siempre azul que se abre más allá de las nubes: míranle éstos con pupilas trémulas; mas tampoco hallan el hombre: ven un *Dios*. Pilatos mismo, en fin, que ha dicho «He ahí el hombre», entiende por *homo* lo que en caso análogo entendería cualquier gobernador civil: el hombre aquel es un caso jurídico, un acusado, una cuestión de orden público.

Ved que no bastaba mostrar la esbelta y pálida figura para que las gentes se pusieran de acuerdo respecto a lo que veían: el hombre fué, según quien le miraba: *éste*, un heterodoxo, un judío, un Dios y un reo.

Perdonadme que me haya detenido describiéndoos aquel momento sublime tan rico en valores culturales. Mas ¿por qué ha de ser patrimonio del púlpito aquel soberano instante? No ignoráis que una de las creaciones más sabias y fecundas de Hegel es su cristología, su interpretación laica del símbolo cristiano. Cristo es, según él, el ensayo más enérgico que se ha realizado para definir al hombre.

La historia entera, señores, la historia política especialmente, no es otra cosa en su última sustancia que la serie de luchas y de esfuerzos por la definición del hombre. ¿Qué es, si no, la Revolución francesa? ¿Aquéllos 10 años de horror, durante los cuales se mantuvo sin cesar el alma

europea tensa como el arco de un arquero, a dónde vinieron a dar? ¿Cuál fué la flecha que dejaron clavada en la historia? La bárbara turbulencia de aquel gigantesco suceso nos aparece hoy en admirable arquitectura, y allá en su vértice, hallamos la proclamación de los derechos del hombre, la nueva definición del hombre como sujeto de derechos civiles. Desde 1793 corresponde al hombre en la escala zoológica un mayor peso específico.

En modo alguno, pues, nos será lícito dejar esta palabra moviéndose vagamente entre sus innumerables significados. Para el personaje de *El matrimonio de Fígaro*, «beber sin sed y hacer el amor en todo tiempo» es lo único que diferencia al hombre de los animales: para Leibniz, en cambio, es el hombre un *petit Dieu*. ¡Cuidad si entre una y otra definición caben interpretaciones de lo humano!

Una vez que nos hemos dejado seriamente penetrar de un respeto ilimitado hacia este problema, el más humano de todos, por ser el hombre mismo el problema, yo creo que nos llegaremos a la pedagogía con religioso temor, como solían nuestros padres los griegos al ingresar en los misterios eleusinos donde se buscaba el comercio y el contacto con las fuerzas elementales impulsoras del universo.

Ved ahí a vuestros hijos que los entregáis a un educador: ponéis vuestro oro en manos de un orífice cuyo arte desconocéis. ¿Qué idea del hombre tendrá el hombre que va a humanizar vuestros hijos? Cualquiera que sea, la impronta que en ellos deje será indeleble.

El hombre no es el individuo biológico.—También hay un educador en el ganadero: en el criador de caballos. Pugna éste por sacar de sus cuadras un tipo equino de soberbia belleza, un *pur sang*. Cuando Platón repetía que de todo lo que existe en la Naturaleza hay en nosotros una idea previa, el villanesco Antistenes se burlaba: «Veo lo blanco—decía—, pero no veo la blancura de lo blanco». «Veo el caballo, pero no veo la cabalidad del caballo». El ganadero comprendería mejor que el mal filósofo Antistenes la sublime filosofía de

Platón: iría a sus establos, tomaría de la crin a un potro nuevo y se lo donaría a Platón, el de las anchas espaldas, diciéndole: «Toma mi idea: yo tuve primero la idea de este caballo y ahora he logrado este caballo de mi idea».

La comparación entre el criador de caballos y el educador de hombres es más instructiva de lo que parece, pues lo específico de la pedagogía ha de hallarse en lo que la distinga de la educación de animales. En primer lugar, la idea, el tipo ideal que se cierne en la fantasía del ganadero, se compone de elementos ya existentes, que él vió dispersos entre muchos cuerpos hípicas. Solamente la reunión de aquellos rasgos es la idea de su fantasía. Un caballo perfecto es el que ofrece los rasgos propios de la especie equina con un *máximo* de intensidad. Este máximo de las dotes de la especie es el fin ideal que se propone el criador.

Los seres sobre que ejercita su influjo son individuos biológicos. Si se trata de llevar un animal al *máximo* de sus capacidades orgánicas, será la biología quien marque en qué consiste ese máximo y en qué condiciones ha de verificarse la evolución; ella nos dirá hasta dónde puede llegar la determinada organización de cada especie animal o vegetal.

Ahora debemos preguntarnos: ¿es el hombre un individuo biológico, un puro organismo? La contestación será inequívoca: no; no es sólo un caso de la biología, puesto que es la biología misma. No es sólo un grado en la escala zoológica, puesto que es él quien construye la escala entera.

Cuando hablamos, por tanto, de educar a un hombre no nos referimos a esa imagen corpórea y discontinua del individuo biológico. La fisiología del antropoide es sólo un pretexto para que exista el hombre, como la rama nudosa del árbol es sólo un pretexto para que, aposado en ella, dé el pájaro su canto.

El caballo es una cosa física, es todo él exterioridad, vive sólo una vida espacial. Ahora bien: el problema de la pedagogía no es educar al hombre exterior, al *anthropos*, sino al hombre interior, al hombre

que piensa, siente y quiere. Ved, señores, el caso admirable que ofrece el hombre: se mueve en el espacio, va de un lugar a otro, y mientras tanto lleva dentro de sí el espacio infinito, el pensamiento del espacio. Su cuerpo es un cuerpo físico; pero yo pregunto: ¿y la Física misma, qué es? Los cuerpos físicos se mueven, pesan, se descomponen y se recomponen. La Física no se mueve, ni pesa, ni se descompone. Los cuerpos gravitan unos sobre otros en razón inversa de sus distancias; mas la ley de la gravitación universal no pesa ni un adarme. Es que, señores, la Física está más allá de los hechos físicos; la Física es un hecho metafísico.

Lo mismo podemos decir de la Matemática, del Arte, de la Moral, del Derecho, de todas estas cosas que no son naturales, que consiguientemente no son cosas, sino ideales sustancias. Ciencia, Moral y Arte son los hechos específicamente humanos. Y viceversa, ser hombre es participar en la Ciencia, en la Moral, en el Arte.

El hombre, individuo de la humanidad. Ahora bien, señores: lo característico de la Ciencia, de la Moral y del Arte es que sus contenidos no son patrimonio individual. Dos y dos son cuatro, no para mí sólo, sino para toda criatura inteligente. Cada uno de nosotros tiene sus caprichos, sus amores y odios personales, sus apetitos propios. Mas a la vera de ese mundo sólo nuestro, de ese *yo* individual y caprichoso, hay otro *yo* que piensa la verdad común a todos, la bondad general, la universal belleza.

Dentro de cada cual hay como dos hombres que viven en perpetua lucha: un hombre salvaje, voluntarioso, irreductible a regla ni a compás, una especie de gorila, y otro hombre severo que busca pensar ideas exactas, cumplir acciones legales, sentir emociones de valor trascendente. Es aquél el hombre para quien sólo existen los bravíos instintos; el hombre de la natura: es éste el que participa en la ciencia, en el deber, en la belleza; el hombre de la cultura.

Imaginad al hombre caído al nacer en un absoluto aislamiento; cortadle toda co-

municación con el resto de los hombres; no llegará nunca a proyectar su vida interior hacia fuera en el cristal de la palabra. Ahora bien: sin lenguaje no hay pensamiento; el pensar es un monólogo, y el monólogo no es lo originario, sino la imitación del diálogo, un diálogo de una sola dimensión. Con sugestivo candor, Homero, en lugar de decir que Hércules piensa, dice que Hércules «se hablaba a sí mismo». La psicología demuestra que sin el instrumento economizador del lenguaje, el espíritu no llega a formarse contenidos de alguna complicación.

El individuo aislado no puede ser hombre; el individuo humano, separado de la sociedad—ha dicho Natorp—, no existe, es una abstracción.

La materia real, concreta, es siempre un compuesto. El elemento simple de que se compone la materia, el átomo, es una abstracción, no se puede hallar en ninguna experiencia; sólo existe el átomo en unión con otros átomos. Del mismo modo, la realidad concreta humana es el individuo socializado; es decir, en comunidad con otros individuos; el individuo suelto, señero, absolutamente solitario, es el átomo social. Sólo existe real y concretamente la comunidad, la muchedumbre de individuos influyéndose mutuamente.

Al entrar el pedagogo en relación educativa con su alumno, se halla frente a un tejido social, no frente a un individuo. El niño es un detalle de la familia; en su menudo corazón se hallan condensadas las esencias de las domésticas tradiciones; su memoria, aunque breve, es una tela sutil urdida con los hilos de las impresiones familiares; su totalidad espiritual es un producto del sistema de ideas, aspiraciones y sentimientos que reina en el hogar paterno.

Mas aquella familia, a su vez, vive en un barrio, en una ciudad; por las rendijas de las ventanas, con el aire de la calle, entra asimismo el alma municipal; el alma de la familia flota en el ambiente de la urbe y es penetrado por él; cada hogar es sólo un gesto de la grande alma ciudadana.

Y sobre esta ciudad pesan las leyes de un Estado; sus industrias son un momento

en el equilibrio de la economía nacional; sus ideas y sus pasiones, su alegría y su tristeza, son modulaciones del alma de la raza toda, del pueblo íntegro. Ved cómo el alma del individuo, pasando por la familia, se disuelve en el alma del pueblo, alma anchísima, sin riberas, espléndida alma democrática. Algo parecido debió idear Juan de Mena cuando canta en el *Laberinto*:

«Arlanza, Pisuerga e aun Carrión
Gozan el nombre de ríos, empero
Después de juntados llamámosles Duero.»

Mas no acaba en la sociedad popular concreta, en la nación de aquí y de ahora el tejido de nuestras almas. Nuestro pueblo de hoy es un momento de la historia de nuestro pueblo. La solidaridad entre los que viven se prolonga bajo tierra; y va a buscar en sus sepulcros a las generaciones muertas. En el presente se condensa el pasado íntegro; nada de lo que fué se ha perdido; si las venas de los que murieron están vacías, es porque su sangre ha venido a fluir por el cauce joven de nuestras venas. La ciudad antigua, como indicó, bien que exageradamente, Fustel de Coulanges, se formó en el hogar familiar, en torno al cual se hallaban ordenadas en sacras hileras las urnas cinerarias de los antepasados; las cuales, a la hora del crepúsculo, a la hora de la prez, manaban su energía sobrehistórica latiendo como corazones inmortales. Ved, pues, en prieta solidaridad al individuo en la familia, a la familia en el pueblo, y al pueblo fundiéndose en la humanidad entera.

¿No habéis leído la *Filosofía de la Historia*, de Hegel? Es un libro de magnífica poesía que nos enseña a buscar en nuestros actos más ínfimos el fondo general de lo humano; nos enseña el respeto a la Humanidad, y como consecuencia, el respeto a nosotros mismos, al contrario que las obras de un romanticismo cutáneo, las cuales nos incitan a erigirnos en tipo ejemplar humano. Por eso, cuando a los 20 años salimos de casa de los padres en busca de una novia, floreciente debíamos llevar ya que en el bolsillo derecho los versos de Bécquer, en el izquierdo la *Filosofía de la*

Historia, de Hegel, aunque sólo fuera como contrapeso.

Ahora parecerá claro y hasta trivial lo que, dicho desde luego, podía parecer confuso: el hombre, como tal, no es el individuo de la especie biológica, sino el individuo de la humanidad. Concretamente, el individuo humano lo es sólo en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta.

Pedagogía social.—Una grave consecuencia deducimos de lo dicho hasta aquí: que todo individualismo es mitología, es anticientífico. Por tanto, también la Pedagogía individual será un error y un proyecto estéril. ¡Cuán mínimo el influjo del maestro sobre el discípulo! Vive junto a e unas horas, horas que el niño considera heterogéneas a la integridad de su vida, frías horas inorgánicas, que él ve como agujeros de vacío recortados sobre el tapiz sugestivo de su vida espontánea.

El sentido del pensar moderno viene con lentas preparaciones, señores, a renovar en esto como en todos los ensayos de Platón. Aquel hombre poderoso tuvo la mirada más profunda que ha existido. Todavía no sabemos bien hasta dónde logró ver, pues aun no hemos agotado el tesoro de sus visiones. La Pedagogía de Platón parte de que hay que educar la ciudad para educar el individuo. Su Pedagogía es Pedagogía social.

El otro genio de la Pedagogía, el suizo Pestalozzi, que acaso no leyó nunca a Platón, renueva, por necesaria congenialidad, esta idea. La escuela, según él, es sólo un momento de la educación; la casa y la plaza pública son los verdaderos establecimientos pedagógicos.

En estos años que corren, el insigne Paul Natorp ha publicado estudios decisivos sobre esta materia. «El concepto de la Pedagogía social— escribe en uno de sus libros— significa el reconocimiento capital de que la educación está socialmente condicionada en todas sus direcciones esenciales, mientras por otra parte una organización verdaderamente humana de la vida social está condicionada por una educación conforme a ella, de los individuos que la componen».

Si educación es transformación de una realidad en el sentido de cierta idea mejor que poseemos, y la educación no ha de ser sino social, tendremos que la Pedagogía es la ciencia de transformar las sociedades. Antes llamamos a esto política: he aquí, pues, que la política se ha hecho para nosotros Pedagogía social, y el problema español, un problema pedagógico.

¿Cómo, en efecto, mejorar a España seriamente, si no tenemos una idea un poco exacta de lo que debe ser una sociedad?

Hemos visto que el hecho social nos aparecía cuando buscando la realidad del individuo lo hallábamos únicamente en compleción y enlace con otros individuos; cuando tomando aparte cada hombre encontrábamos que su interior estaba adobado con materiales comunes a los demás hombres. En efecto, señores, lo social es la combinación de los esfuerzos individuales para realizar una obra común. La sociedad no es originariamente la comunidad de sentimientos, de gustos, de aficiones; si no fuera esencial al hombre la obtención de ciertos productos que sólo comunalmente pueden lograrse, la sociedad no existiría y el mundo estaría habitado de solitarios que, al pasar unos junto a otros, no se sentirían, como el árbol en medio de la espesura del bosque se halla aislado y sin sospecha de que sus hojas se entretejen con las de otro árbol hermano.

Las comunidades del sentimiento están fabricadas en el aire, en el agua, en la arena. Las simpatías entre los hombres son siempre fortuitas, porque son trasracionales.

Lograd que en un pueblo un buen número de vecinos llegue a amar, por ejemplo, los nuevos métodos de cultivo; que lleguen a ver en la mejora científica de sus campos una gran obra a realizar; pondrán manos y corazón al trabajo; las divergencias individuales, si no desaparecen, se purificarán; los bandos y partidajes reducirán la esfera de acción de sus luchas; habrá una cosa en que todos concurrirán y se someterán a la coincidencia a que obliga la ley anónima—la única ley dulce—de la verdad necesaria, de la verdad de las cosas. Será un círculo de paz activa y fecunda, como

aquella tregua de Dios que los pueblos medioevales aprovechaban para enriquecerse, para cultivarse, para hacinar mejoras duraderas.

Lograd que en las clases directoras, dentro de 20 años, haya un buen número de españoles personalmente activos en el trabajo de la ciencia; veréis cómo discrepando en mil cosas automáticamente, coinciden siempre que se trate de ir resolviendo los grandes problemas culturales.

Cultura es labor, producción de las cosas humanas; es hacer ciencia, hacer moral, hacer arte. Cuando hablamos de mayor o menor cultura, queremos decir mayor o menor capacidad de producir cosas humanas, de trabajo. Las cosas, los productos, son la medida y el síntoma de la cultura. Los españoles—esta es nuestra grave maldición—hemos perdido la tradición cultural; dicho más vulgarmente, hemos perdido el interés por las cosas, por el trabajo productor de manufacturas—*mentefacturas*—humanas. Ahora bien: esta suprema pedagogía de las cosas, esta suprema disciplina de los objetos, nos falta; sólo nos rigen y dirigen los apetitos individuales, los cambiantes humores sentimentales, las simpatías o antipatías de nuestros nervios. Y como entre individuos los motivos de divergencia y antipatía son a la larga mayores que los de concordia y simpatía, he ahí nuestra nación en la actualidad disgregada en átomos: nuestra actividad se reduce a negarse unas personalidades a otras, unos grupos a otros, unas regiones a otras.

Tenemos que ensayar la mejora de nuestro ser radical: nos hace falta, náufragos del personalismo, asirnos a cualquier cosa que nos haga por sí misma flotar; esto es lo que otras veces he expresado con grito que me surgía de las entrañas doloridas de español: ¡Salvémonos en las cosas! Luego, pensando en Pestalozzi, he visto que no quería él decir otra cosa con su «educación del trabajo» (*Arbeitsbildung*), que es, a un tiempo, educación para el trabajo y educación por el trabajo. Las cosas, ¿qué son sino nuestras obras, el producto de nuestro trabajo? Un grupo de hombres que trabajan en una obra común reciben en sus

corazones, por reflexión, la unidad de esa obra, y nace en ellos la unanimidad. La comunidad o sociedad verdadera se funda en la unanimidad del trabajo.

Sin embargo, imaginad las largas filas de esclavos que, bajo un ancho sol tórrido, sobre la arena ardiente, van cargados con bloques de piedra. Desde lejos los ven el Faraón y su corte moverse como las líneas negras de un hormiguero. Se está construyendo la pirámide: junto a ella la Esfinge más vieja inmóvil; un rayo de sol dora sus grandes labios graníticos y pone en ellos como un sonreír sarcástico. Los esclavos constructores de pirámides no hacen una obra de comunidad: el látigo del cómitre los incita; saben que aquella obra ingente no es para ellos, y ellos nada más que la fuerza natural empleada por alguien para labrarse una tumba indeleble.

La comunidad del trabajo no ha de ser puramente exterior; ha de ser comunión de los espíritus, ha de tener un sentido para cuantos en ella colaboren. La comunidad será cooperación.

Socialización de la escuela.—Si la sociedad es cooperación, los miembros de la sociedad tienen que ser, antes que otra cosa, trabajadores. En la sociedad no puede participar quien no trabaja. Esta es la afirmación, mediante la cual la democracia se precisa en socialismo. Socializar al hombre es hacer de él un trabajador en la magnífica tarea humana, en la cultura, donde cultura abarca todo, desde cavar la tierra hasta componer versos.

Es hoy una verdad científica adquirida para *in æternum*, que el único estado social moralmente admisible es el estado socialista; si bien no he de afirmar que el verdadero socialismo sea el de Carlos Marx, ni mucho menos que los partidos obreros sean los únicos partidos altamente éticos. Mas en esta o la otra interpretación, frente al socialismo, toda teoría política es anarquismo, niega los supuestos de la cooperación, sustancia de la sociedad, régimen de la convivencia.

Lo que caracterizaba al esclavo constructor de pirámides era su pasiva cooperación; el trabajador, si no ha de ser es-

clavo, necesita tener conciencia viva del sentido de su labor. Me parece inhumano retener a un hombre durante treinta años en el rincón de un taller sin que se le proporcione una visión de las cosas que dé una noble significación a su faena. Los artistas de Gobelinos trabajan a la espalda de los tapices, y no ven el dibujo que sus manos usadas mecánicamente van formando. He aquí el valor ético de la Pedagogía social: si todo individuo social ha de ser trabajador en la cultura, todo trabajador tiene derecho a que se le dote de la conciencia cultural.

La instrucción pública de los países europeos—no ya sólo de España—perpetúa en su organización un crimen de lesa humanidad; la escuela es dos escuelas: la escuela de los ricos y la escuela de los pobres. Los pobres no lo son meramente en hacienda, son también pobres de espíritu. Llegará un tiempo—por ignominia todavía no ha llegado—en que no habrá que estudiar a los hombres clasificados dentro de las categorías de pobre y rico, como se clasifican las animáculas en vertebradas e invertebradas. Pero es aún peor que hoy los hombres se dividen también en cultos e incultos; es decir, en hombres y subhombres.

El signo de la inmoralidad es el rompimiento de la unidad humana, y es inmoral el jurisperito justiniano cuando conoce dos hombres distintos: el libre y el hombre-cosa, el esclavo. Pues bien: la existencia de cultos e incultos, la división de la escuela, es mucho más inmoral, porque excinde más a sabiendas la unidad humana.

La Pedagogía social, que exige la educación por y para la sociedad, exige también la socialización de la educación. Estimo que los partidos obreros se olvidan un poco de la escuela única.

Temo no haber llevado a vuestro espíritu con todo el vigor con que yo lo siento la potencia de optimismo que encierra en perspectiva la educación social: «Hagamos de la educación la ciudadela del Estado», exclamaba Platón. Sea el centro de la energía ciudadana la garantía de la continuidad en las labores de cultura.

La escuela laica.—Los griegos llamaban al pueblo *laos*: a lo popular, *laicos*. La escuela que exige la pedagogía científica, es la escuela laica.

Laico, eclesiástico... Señores, ¿qué decíamos que eran los rompimientos de la unidad humana, los principios de disgregación entre los hombres? La religión es una comunidad religiosa. ¿Será, asimismo, una idea social? Dejemos pendiente esta cuestión; la marcha que ha llevado la historia nos obliga a reconocer grandes poderes de socialización en la idea religiosa; mas, a la par, ¿cuántas veces no ha perturbado la paz en la tierra?

Lo que ciertamente es antisocial es la iglesia; la religión particularista. No vanamente, según cuenta Bourrienne, entre los estantes que llevó a Egipto Napoleón figuraba uno con el letrero «Política», y en aquel estante se hallaban la Biblia y el Korán. Política para Napoleón no significaba, ciertamente, el arte de hacer mejores a los hombres, sino de, rompiéndolos, vencerlos.

La escuela confesional frente a la laica, es un principio de anarquía, porque es pedagogía disociadora.

Claro está que, para mí, escuela laica es la instituida por el Estado. Contradiría cuanto he dicho, admitir la libertad de enseñanza que hoy tan aguerridamente toman como bandera los anarquistas conservadores apenas el Estado trata de inmiscuirse en la enseñanza ya privada.

Para un Estado idealmente socializado lo privado no existe, todo es público, popular, laico. La moral misma se hace íntegramente moral pública, moral política; la moral privada no sirve para fundar, sostener, engrandecer y perpetuar ciudades; es una moral estéril y escrupulosa, maniática y subjetiva. La vida privada misma no tiene buen sentido: el hombre es todo él social; no se pertenece; la vida privada, como distinta de la pública, suele ser un pretexto para conservar un rincón al fiero egoísmo, algo así como esas hipócritas *Indians' Reservation* de los Estados Unidos, rediles donde se encierran los instintos antisociales de una raza caduca.

No compete, pues, a la familia ese presunto derecho a educar a los hijos: la sociedad es la única educadora, como es la sociedad único fin de la educación; así se repite en las aplicaciones legislativas concretas la idea fundamental de la Pedagogía social: la correlación entre individuo y sociedad.

Teología social.—Dentro de mis modestos medios, he procurado ofrecer, como en un índice, algunas de las cuestiones principales que suscita la Pedagogía social.

Partíamos del problema español: hoy se disputan el porvenir nacional dos poderes espirituales: la cultura y la religión. Yo he tratado de mostraros que aquélla es socialmente más fecunda que ésta y que todo lo que la religión puede dar lo da la cultura más enérgicamente.

Porque los pensadores eclesiásticos parecen querer olvidar que la idea de Dios halla en su interpretación social el máximo de reverberaciones.

«Siempre que estéis juntos me tendréis entre vosotros» — dijo Jesús —. No creo que haya apotegma más suave, más rico en promesas, más significativo de la divina misión del Hijo, que formule mejor lo que hay de más hondo en el oficio de un Cristo. Dios es el cemento último entre los hombres, el aunador, el socializador; es el fondo armonioso del cuadro humano, sobre el cual se dibujan las siluetas individuales, ásperas, nerviosas y enemigas: *Homines ex natura hostes*—solía repetir Spinoza—. Tras la antigua alianza del Padre, viene el Hijo, todo temblor y ardor de llamas, a instaurar una teología democrática. No quiere nada con los hombres solitarios que se hacen fuertes en el islote calvo de su orgullo, sino que entra en las ciudades y busca en las plazas la aglomeraciones,

El individuo, como tal, es siempre una caricatura; por eso los griegos, que tanto sabían de dignidad estética, pusieron en sus tragedias los coros, muchedumbres simbólicas encargadas de prestar resonancia humana y noble a las emociones personales de los protagonistas. El individuo se diviniza en la colectividad. ¿No es tal el

sentido de la humanización de Dios, del verbo haciéndose carne? Antes que esto ocurriera sólo parecían estimables algunos individuos geniales; sólo la genialidad moral, intelectual o guerrera de éstos valía; por lo demás, ser hombre o ser piedra era suceso indiferente. Pero al encarnarse Dios, la categoría de hombre se eleva a un precio insuperable; si Dios se hace hombre, hombre es lo más que se puede ser. ¿Qué añade a mi riqueza este dije de lo individual, por bella orfebrería que lleve, si poseo la infinita herencia democrática de lo general humano? De este modo, Jesús parece amonestarnos suavemente: no te contentes con que sea ancho, alto y profundo tu *yo*: busca la cuarta dimensión de tu *yo*, la cual es el prójimo, el *tú*, la comunidad.

Conclusión.—La España futura, señores, ha de ser esto: comunidad, o no será. Un pueblo es una comunión de todos los instantes en el trabajo, en la cultura; un pueblo es un orden de trabajadores y una tarea. Un pueblo es un cuerpo innumerable dotado de una, única alma: Democracia. Un pueblo es una escuela de humanidad.

Esta es la tradición que nos propone Europa; por eso el camino de la alegría al dolor que recorreremos será, con otro nombre, europeización. Un gran bilbaíno ha dicho que sería mejor la africanización; pero este gran bilbaíno, D. Miguel de Unamuno, ignoro cómo se las arregla, que aunque se nos presenta como africanizador, es, quiera o no, por el poder de su espíritu y su densa religiosidad cultural, uno de los directores de nuestros afanes europeos.

La última vez que estuve en vuestra ciudad, fué un año tristísimo: 1898. ¡Qué abismo de dolor! ¿no es cierto? Entonces se empezó a hablar de regeneración.

La palabra *regeneración* no vino sola a la conciencia española; apenas se comienza a hablar de regeneración, se empieza a hablar de *europeización*. Uniendo fuertemente ambas palabras, D. Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares. Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra vo-

luntad, a la vez que en él aprendíamos el estilo político, la sensibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepemos en algunos puntos esenciales de su manera de ver el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día en que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, alta, cuadrada, como un *castiello*.

Regeneración es inseparable de europeización; por eso apenas se sintió la emoción reconstructiva, la angustia, la vergüenza y el anhelo, se pensó la idea europeizadora. Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vió claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución.

CONOCIMIENTO Y CARÁCTER (1)

por William Archer.

En una reunión de la Asociación Británica, hace un año o dos, el Rector de la Universidad de Gales del Sur, Mr. Griffiths, leyó una nota en la que decía, lamentándose de ello, que en nuestro sistema de educación «subordinamos el desarrollo del carácter a la adquisición del conocimiento». Tal es el tema de mi trabajo. Debo afirmar que tengo siempre presente que parte del desarrollo del carácter o, en otras palabras, de la educación moral, puede asignarse justamente a la escuela, y que, por lo tanto, puede presentarse como en concurrencia con la adquisición del conocimiento. No es parte de mi objeto presente hablar del ejercicio práctico de las cualidades morales en el campo de recreo y en la vida fuera de la escuela. Ni siquiera me refiero al influjo moral de la educación de la vista y de la mano que, en la escuela de mañana se reconocerá como casi menos importante que la enseñanza directa de la conciencia. Sólo pienso ahora en la enseñanza moral, instrucción en la teoría y principios de conducta. La teoría sin la

(1) Publicación de la «Liga para la educación moral», de Londres.

práctica es verdaderamente más mala que inútil; pero es de inmensa importancia que la práctica se inspire y se guíe por la teoría amplia, lúcida y bien fundada.

¿No es extraño, si se piensa en ello, que aceptemos de hecho — como uno de los datos fundamentales del problema educativo — esta antítesis entre «conocimiento» y «carácter»? ¿No revela un error radical, no meramente en nuestro sistema, sino en nuestra misma idea de educación? ¿Por qué no va la adquisición del conocimiento de la mano con la formación del carácter? ¿Dónde hemos recogido esta noción cínica, pesimista, no solamente de que sean ramas diferentes del proceso educativo, sino que están en lucha activa, y el tiempo y la atención dados al uno hay que quitárselos necesariamente al otro? En un sistema racional de educación, ¿no deberá el desarrollo de las leyes de la vida llevar consigo el desarrollo de las leyes de la conducta? ¿No deberemos nosotros descubrir las sanciones de justicia, templanza, fortaleza y abnegación en los procesos de investigar la historia y condiciones de la sociedad humana? Estos son los problemas que os quiero sugerir.

El punto de vista ortodoxo.

Mucha gente contestaría en seguida, desmintiendo que la educación deberá ser, o puede ser, un «desenvolvimiento de las leyes de la vida» o una «investigación de la historia y condiciones de la sociedad humana». «Estas son materias — dirían — para especialistas en ciencias físicas y sociales. Para la mayoría de los niños, la educación significa, en primer lugar, las tres R (1), y, después, la adquisición de un poco de geografía, un poco de historia de Inglaterra y unas cuantas nociones elementales de ciencias. En todo esto, ¿dónde hay una revelación del carácter o la conducta? La atención y la aplicación pueden cultivarse hasta aprendiendo de memoria la absurda escritura inglesa, y reteniendo los nombres y fechas de la dinastía de los Plantagenet. Pero además de esta peque-

(1) Leer, escribir y contar.

ña porción de disciplina mental, ¿qué otra instrucción mental está incluida en ese curso de estudio? Sin duda habrá algunas fábulas y anécdotas edificantes en los libros de lectura; el niño conocerá a Roberto Bruce y la araña, a Philip Sydney y el vaso de agua, y otros cuentos de una condición parecida. Pero estas ocasiones incidentales no constituirán un curso eficiente de educación moral. Este deberá hacerse aparte, «y—añadirá mucha gente—deberá asociarse naturalmente con la enseñanza de las verdades de la religión, sobre las cuales descansa la moralidad. Aunque siguiésemos adelante, a las escuelas secundarias y a las universidades.—Aun así, he tratado de plantear las objeciones naturales y obvias a mi ideal—, aunque nos dirigiésemos «a las escuelas secundarias y a las universidades», ¿cómo podemos concebir la instrucción moral como una parte adherente e inseparable de la educación intelectual? En el mero aprendizaje de las lenguas, antiguas o modernas, no hay ningún beneficio moral. En el estudio de la literatura puede haber beneficio moral, no hay duda; pero también es posible que haya una desastrosa pérdida moral, a no ser que el estudiante tenga ya una base antecedente e independiente de principios morales. En las matemáticas y ciencias que se necesitan en una carrera profesional ordinaria, no hay, para decir lo menos posible, ninguna referencia moral necesaria e inherente. No encontramos que los estudiantes de medicina sean notables por la elevación del carácter, y una enseñanza de leyes no es lo mismo que una enseñanza de ética. En su servicio, por una convención agradable, los ingenieros son invariablemente virtuosos; pero hasta en esa relación estrecha entre la ingeniería y la excelencia que se obtiene en la vida real, debemos recordar que no podemos ser todos ingenieros. Resumiendo: parece que no hay ninguna forma o rama de la educación intelectual en la que sea implícita una educación moral adecuada. ¿No es un hecho sencillo, pues, que la instrucción de la inteligencia y la educación del carácter sean dos funciones distintas que deben proveerse separada-

mente? Y ¿no deberá ser esto siempre lo mismo?

He probado a dejar a mi adversario imaginario establecer bien su caso; pero ahora tiene que permitirme observar que sólo ha descrito las condiciones existentes de educación, que son precisamente las condiciones que yo critico. Es verdad que la educación, como se concibe ahora, ya primaria o más adelantada, no «desenvuelve las leyes de la vida» ni «investiga la historia de las condiciones de la sociedad humana». Lo que yo sugiero es que deben hacerse estas dos cosas, que ésa es verdaderamente su función suprema e imperativa, y que impiden su cumplimiento completo una serie de tradiciones y prejuicios que estorban, y que deberán vencerse antes de dar unidad y continuidad a nuestro proceso educativo. Seguramente, estos estorbos no se quitarán en un año, y quizás ni en un siglo; pero ya es hora de que luchemos contra ellos.

La educación entorpecida por falta de sinceridad.

La verdad sencilla es que nuestro proceso educativo está viciado por la falta de sinceridad. No podemos ayudar sinceramente y como es debido a la inteligencia que se desarrolla, a realizar y reflejar el mundo tal como es, sino que siempre tenemos que hacer reservas en favor del mundo que no es. Naturalmente, no quiero decir que todos los maestros no sean sinceros; lejos de ello. Lo que quiero decir es que hombres de gran inteligencia están forzados a mantener esa inteligencia en expectativa en los puntos más vitales de su trabajo educativo. Ellos quizás no enseñen lo que crean que es falso; pero tienen que abstenerse de enseñar lo que saben que es verdad y confinan su enseñanza a materias comparativamente triviales e indiferentes. Naturalmente, el proceso de estancamiento ha empezado generalmente antes de que entren en el trabajo de enseñar. Saben que no se les consentiría poner ante los alumnos una vista amplia e inspirada del mundo y del género humano; así, ellos renuncian a todo deseo de hacerlo; no piensan

en los métodos y posibilidades y se creen exentos de la falta de sinceridad al limitarse dentro del círculo de deberes que prescribe la tradición. Pero las inteligencias más elevadas son incapaces de abdicar sus derechos, y creo que es en gran parte la causa de que las inteligencias más altas pierdan para la educación. De todas maneras, no podremos comprender plenamente lo que la educación puede y debe ser hasta que podamos proyectar un curso de enseñanza, que deberá basar la moralidad en el conocimiento del mundo como existe realmente, y hasta que podamos inducir espíritus de primer orden a dedicarse a compartir ese conocimiento y a ayudar a otros a compartirle.

La moral, más antigua que los diez mandamientos.

¿Cuál es la verdadera falta de sinceridad que, como un banco de arena en un gran río, rompe la corriente suave del proceso educativo, y la envía en remolino por dos canales divergentes? Me parece que es la pretensión de que la moral es subsiguiente y se deriva de la religión; mientras que sabemos que sus orígenes son mucho más antiguos que todas las religiones existentes, y de una autoridad mucho más incuestionable. Quizás usted crea que estoy empezando un gran problema; pero, ¿es cierto? Hasta aquellos que aceptan el Génesis como verdadera historia, no sostienen que la moral empezó con los diez mandamientos. Pasaron muchas generaciones entre Adán y Moisés, y en ninguna parte consta que Jehová enviase ningún código moral anterior al que se promulgó desde el Sinaí. Hemos llanamente desechado el suponer que una serie de tabús y reglas han evolucionado gradualmente, que se confirmaron y sancionaron en los diez mandamientos, y en general, en la legislación de Moisés. De mandamientos positivos, anteriores a los diez, sólo se conocen tres: el mandamiento de abstenerse de la fruta del árbol prohibido, el mandamiento de crecer y multiplicarse, y una regla higiénica que no tiene que ver directamente con la moral. Es cierto que en el

Génesis XXVI, el Señor dice a Abraham: «él ha obedecido mi voz y guardado mi encargo, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes»; pero esto debe tomarse como refiriéndose a mandatos impuestos a Abraham personalmente, más que a cualquier serie general de decretos. Es increíble que un código definido de moral se haya transmitido desde la altura y que el inspirado escritor se haya olvidado de mencionarlo. Aunque vayamos al mismo Decálogo, no encontramos nada que se parezca a un sistema completo de moral. La templanza, la fortaleza y la abnegación se ignoran por completo. Salvo por la prohibición del crimen especial de sostener un juicio falso, no hay referencia a las grandes virtudes de justicia y veracidad. Se condenan las relaciones ilícitas de las personas; pero nada indica cuáles son las relaciones lícitas. Ciertamente, no se insiste en la monogamia, dogma fundamental de nuestros éticos occidentales. La humanidad, virtud de las virtudes, no se la reconoce. Es cierto que todo el cuerpo de legislación de Moisés suple al Decálogo en innumerables puntos; pero nadie, excepto un judío ortodoxo, negaría que la ley de Moisés es tan incompleta por el lado de la moral como anticuada por el lado ritual. La moral del Antiguo Testamento, por lo tanto, sea el que sea nuestro parecer acerca del origen y autoridad de los documentos en los que se funda, representa manifiestamente, no una revelación de la altura, sino las reglas de conducta a que ha llegado un pueblo particular en un estado particular de su desarrollo y puesto, como toda la legislación primitiva, bajo el escudo del dios de la tribu o nacional. No es una invención divina y perfecta, sino un producto del espíritu humano bajo influjos geográficos, económicos y sociales, revelando su origen terrestre en cientos de imperfecciones y limitaciones. Es sencillo para los teólogos mantener que recibió la aprobación y permisión de Dios, para los usos del pueblo particular que lo adoptase. A mí no me conviene negar esto. Mi idea es que, se haya reforzado lo que quiera por la aprobación divina, este sistema ético, como todos los

otros, creció independientemente de esa aprobación y la recibió, por decirlo así, *ex post facto*. El hombre, siempre y donde quiera, ha sido libre de descubrir las leyes morales, lo mismo que ha sido libre de descubrir las leyes físicas, y me parece que el más devoto creyente del Pentateuco puede leer este hecho en la recopilación de Moisés.

La ética cristiana.

«Pero, de todas maneras—puede decirse—, la moral de Moisés se añadió y perfeccionó divinamente en el Nuevo Testamento. La humanidad, en el más alto sentido de la palabra, que faltaba en los edictos del Sinaí, se añadió, para siempre, en el Sermón de la Montaña, aún más sagrado.»

Esto, en un sentido, es cierto; y yo estoy lejos de discutir el valor para el mundo de una promulgación tan bella y persuasiva, de un ideal ético tan sublime. Pero aquí también tenemos que tratar, no con la invención o revelación, sino con sanción y coacción. «Hay algo en la ética del Cristianismo—dice el Cardenal Newmam—que el espíritu humano no podrá alcanzar con sus poderes naturales, y que aquí y allá... en verdad, no se ha anticipado». Todos sabemos, por ejemplo, lo singularmente y en cuántas maneras fué Cristo anticipado por Buda, el Esclarecido. No quiero decir, naturalmente, que hubiese ningún préstamo directo en la materia, aunque es difícil decir qué es lo que no sea debido a una filtración refinada de ideas. Lo que quiero decir es que, sin duda ninguna, y no en un solo respecto, durante siglos, ha ido tendiendo el mundo hacia las ideas que se cristalizaron imperecederamente en los Evangelios. No puede asegurarse, y creo que nadie lo asegure, que Jesús bajase del cielo un sistema del todo nuevo y nunca soñado de moral. Aunque creamos en sus ideas inspiradas directamente, esto no altera el hecho de que estuviesen ampliamente diseminadas en el mundo antes de que se identificasen con su nombre.

En la ética cristiana, por lo tanto, tenemos otro caso de que el hábito de pensar y las reglas de conducta evolucionan gradual-

mente en la lucha, conmoviendo el espíritu humano, y poniéndose después bajo la protección de un nombre divino, dotadas con la autoridad de los edictos de la altura. Este proceso—esta teologuización de la moral, como podemos llamarla—ha ocurrido siempre e inevitablemente donde se ha levantado una raza sobre la incultura más baja. Sólo ha sido un consejo de intriga eclesiástica; ha sobrevenido del deseo instintivo del hombre de defender las grandes conquistas de su espíritu con las sanciones más fuertes posibles. Pero nosotros, mirando hacia la historia humana desde nuestra presente ventajosa posición, no podemos menos de reconocer que la moral es anterior y esencialmente independiente de estas sanciones, por mucho que hayan ayudado en su tiempo para establecerlas y reforzarlas. Nosotros ya no creemos que se le haya dado al hombre una regla perfecta de conducta desde lo alto, y que la haya desobedecido culpablemente. Sabemos que gradualmente ha trabajado asiduamente hacia arriba, desde una inconsciencia bestial de la verdadera idea de moral, hasta su fase presente imperfecta de desarrollo moral—fase que, excepto las catástrofes desconocidas, dejará de aquí a poco muy atrás. Este hecho y esta esperanza son los que dan a la vida el valor y el significado que puede poseer; pero los educadores de la juventud no deberán de ninguna manera admitirlo. Esta es la falta de sinceridad que me aventuré a deplorar.

El argumento resumido.

Para más claridad, probaré ahora a condensar en una o dos fórmulas el pensamiento que estoy tratando de presentaros. Es sencillamente esto: nunca podremos unificar nuestro proceso educativo de manera que el conocimiento y el carácter puedan «aumentar en belleza al mismo tiempo», hasta que estemos en libertad de poner la religión en su verdadero contenido histórico, y admitir que el hombre no se ha «caído» de un estado primario de inocencia, sino elevado a través del esfuerzo heroico de infinitas edades, a un nivel que aún es demasiado bajo para las alturas a que está

destinado a llegar. Este es el pensamiento inspirador y vigorizador que da a la moral, en el amplio sentido de la palabra, su verdadera sanción. Al niño, como yo lo considero, nunca es demasiado temprano, para hacerle sentir que forma parte de la gran multitud, que marcha a través de las dificultades y peligros hacia arriba, y siempre elevándose, y que, en pura lealtad hacia sus compañeros en esta excursión maravillosa, tiene que poner un freno a sus impulsos egoístas y antisociales. El espíritu, si no la letra, de esta proposición es perfectamente comprensible para cualquier niño normal de la edad escolar; y tiene la gran ventaja de ser claramente cierto.

La religión en su contenido histórico.

¿Significaría la enseñanza de esta verdad el abandono de la enseñanza religiosa? No es necesario. Sólo significaría la reinterpretación de ciertos términos teológicos, como «pecado», «salvación», «redención», «gracia» e «infierno», y cesar de enseñar la sobria historia que todo hombre razonable sabe que es mitológica — la creación del mundo hace 6.000 años, la pérdida del Paraíso por comerse una manzana, y así sucesivamente. ¿No hay algún maestro que no abandone con gusto, de cualquier manera, esta rama de la enseñanza religiosa? ¿Es posible, para cualquiera que tenga los oídos y ojos abiertos al mundo moderno, aceptar la cosmogonía de Moisés como verdad literal e inspirada? Se coloca entre las dos piedras del molino, la astronomía y la geología, y el hecho de su trituración es cosa ya sabida, no meramente en el laboratorio y sala de estudio, sino en las bibliotecas públicas y en la prensa de cinco céntimos. ¿No es manifiestamente peligroso, pues, dejar la religión o la moral aparecer inseparablemente asociada con la afirmación de hechos que el escolar inteligente, antes de abandonar la escuela, tiene que descubrir que nadie los cree, y ciertamente tampoco sus maestros?

Supongo que ya en la mayoría de las escuelas se pasa muy por encima la cosmogonía de Moisés, explicándola como figurativa o dejándola sin explicar y sin in-

sistir en ella. No pasa eso con la doctrina de la inocencia primitiva, de la caída en el pecado, de la redención por un sacrificio vicario y de la salvación por la fe en la virtud de ese sacrificio. Si ésta es la esencia de la religión, entonces ciertamente la moral religiosa y la moral histórica son cosas diversas e incompatibles, y tenemos que decidirnos a enseñar una cosa u otra, pues no podemos enseñar las dos. Pero si la esencia del cristianismo es reverencia por un gran carácter y por un cuerpo noble de doctrina ética, entonces no hay ninguna razón para que la enseñanza intelectual, moral y religiosa no vayan juntas. Todo depende, como ya he dicho, del problema de si somos libres para colocar la religión en su significación histórica, o se la debe considerar, y a la moral con ella, como algo fuera de la historia y relegada a una región en la que la inteligencia no tiene nada que decir.

El altruismo en los animales.

¿Cómo, pues, se preguntará, plantearé este «desarrollo de las leyes de la vida», esta «investigación de la historia y condiciones de la sociedad humana», que tiene que desarrollar en uno y el mismo proceso la inteligencia y la naturaleza moral? Contaré la historia sencilla y llana de la descendencia del hombre, historia cuyos rasgos principales son, naturalmente, tan fascinadores para la infancia. La historia empieza antes de que el hombre fuese hombre por completo, en el instinto que enseñó a los animales superiores a contener sus apetitos individuales y vencer sus miedos individuales en interés de la raza. Un niño puede fácilmente comprender cómo (por ejemplo) la raza de los pájaros se acabaría pronto si los padres, cuidándose sólo de sus propias necesidades, no trabajasen para llevar comida a sus nidos y, frecuentemente, exponiendo y sacrificando sus vidas para proteger a sus crías. Tampoco es difícil enseñar a las jóvenes inteligencias cómo las sociedades de los insectos, por subordinación, división del trabajo y exacto cumplimiento de esfuerzos repartidos, realizan fines que el insecto solitario, y aun una

sola familia trabajando por su cuenta, no podrían obtener. ¿Quién duda que tenemos aquí los rudimentos de la moral individual y social? Algún Poder, deseando el aumento y ennoblecimiento de la vida en el planeta, ha implantado en la naturaleza animada, en un estado muy primitivo, los gérmenes de la abnegación y de la cooperación, sin los que la existencia se habría quedado para siempre muy poco por encima del nivel vegetal. ¿Qué Poder? ¡Ah!, ese es el misterio. Y aquí bien se ve que al buscar el germen de la moral caemos en el germen de la religión.

La ascendencia del hombre.

Entonces, no hace 6.000 años, sino varios cientos de miles, emerge el hombre de la lucha de organismos combatientes. Estoy lejos de sugerir que una pintura demasiado vivida de la raza en su transición de

La embrollada, torpe forma
Que era, y no era, hombre,

deba imprimirse en las inteligencias jóvenes. Ese camino lo oscurece todo. Tampoco propongo que se dé cualquier enseñanza dogmática respecto al proceso de evolución, y cómo pueden o no haberle ayudado interferencias especiales o guiado hacia un molde especial. No hay absolutamente necesidad de decidir si Platón o Newton estaban implícitos en el pithecanthropos o se produjeron por el injerto de nuevas potencias en la cepa primitiva. Lo que sabemos de cierto es que, en un período vago, pero enormemente distante, los antecesores indiscutibles de la raza humana entran en escena, agachándose en cuevas, usando armas bastas e instrumentos de peder- nal y de huesos, haciendo caer en trampas con maña al bruto más fuerte y fiero que atraviesa el matorral o se revuelca en el pantano. ¿Qué será más entretenido para la imaginación infantil que la historia de los que vivían en las cuevas o lagos, la manera de hacer y mantener el fuego, la domesticación de los animales, los primitivos trabajos en barro y cobre, la manera de hacer cabañas por el nómada, la construcción de chozas por el hombre, la reu-

nión de cabañas alrededor de una colina con empalizada, que un día se haría gloriosa, como Atenas y Roma? Y durante la historia se puede mostrar siempre cómo una familia, una tribu, vivió y floreció en proporción al desarrollar sus virtudes sociales y dejar atrás los vicios de la pereza, cobardía y sensualidad. Tampoco esto sentimentalizaría la historia o la forzaría al servicio de un optimismo moral sombrío. Habría que confesar que el hombre sólo se desarrolló y abandonó lo bruto lentamente, y que quedó una parte considerable de este proceso por hacer. No se puede ocultar que la crueldad ha sido excesiva en todas las edades, frecuentemente enmascarada como justicia, y aun más frecuentemente como religión. No se puede negar que frecuentemente ha vencido la traición y florecido la opresión. No se puede pretender que la virtud individual se haya premiado siempre con la prosperidad mundana. Pero se puede mostrar que el hombre se ha elevado sobre animales de rapiña, simple y sencillamente por el ejercicio de las virtudes sociales dentro de algún grupo, por reducido que fuese, y que el progreso consistió en la amplificación constante del círculo dentro del cual se creía obligatorio el ejercicio de estas virtudes. En un estado puede que solamente fuese la familia a la que el individuo estaba unido para sacrificar su comodidad, su apetito, y hasta en los casos de necesidad, su vida. Un grupo de familia podría ser para todos los otros grupos de familia lo que un animal salvaje a otro; pero dentro del grupo prevalecería una cierta aspiración a la lealtad, un cierto instinto de solidaridad. Entonces la familia se amplificaría en clan, el clan en tribu, la tribu en nación, siempre un círculo cada vez mayor, reconociendo la independencia mutua, los deberes comunes y los tabús comunes. Tan pronto como estos deberes y tabús se empezaran a formular, se colocarían, como hemos visto, bajo la sanción del dios de la tribu, producto, sabido es, de un orden de experiencias mentales muy diferente. Hay muchas teorías contrarias del origen de la idea dios; pero no se encuentra ninguna, en sus estados

primitivos, íntimamente asociada con la moral. Por el contrario, la religión primitiva es un influjo inhumanitario desnaturalizador, de donde la observación común, y frecuentemente muy verdadera, de que los hombres son mejores que sus dioses. Esto habrá que admitirlo en cualquier exposición sincera de la historia del mundo—verdaderamente, ya lo admitimos antes de ahora bastante francamente por lo que hace a todas las religiones primitivas menos una.

(Continuará.)

LA ORNAMENTACIÓN FLORAL DE LA ESCUELA (1)

(Continuación.)

ELECCIÓN DE LAS ESPECIES MEJOR ADAPTADAS A LA VIDA EN INTERIORES

En las ventanas expuestas al Mediodía: Las plantas elegidas para esta exposición exigen mucha luz; deben cultivarse a pleno sol.

1.º *Abutilones*.—Son arbustos pequeños, de follaje muy decorativo, verde, verde y blanco, o verde y amarillo, según las especies y las variedades. Casi todos dan muy hermosas flores, tubulosas o globulosas, de color variable. Debéis escoger entre las siguientes: *Abutilon Thompsonæ*, empenachada de amarillo; *Abutilon «Souvenir de Bonn»*, con flores ribeteadas de blanco; *Abutilon Sawitzü*, con penachos blancos; *Abutilon vexillarium fol aureis*, de ramas colgantes, muy delgadas y cargadas de flores pequeñas, empenachadas de amarillo.

Todas se propagan fácilmente por esqueje.

2.º *Cactus y plantas crasas*.—Son plantas de aspecto variable, a veces muy curiosas, algunas de las cuales dan una abundante floración, ricamente coloreada. No les perjudica más que el exceso de agua durante la invernada; no las reguéis, pues, más que de tarde en tarde, una o dos veces durante todo el invierno.

Se multiplican fácilmente por esquejes de ramas o retoños, plantados en una tierra arenosa, que esté casi seca hasta que echen raíces.

3.º *Coleus variados*.—Los cóleos son plantas herbáceas que tienen un follaje encantador. Grande o muy grande, éste reviste los colores más brillantes, en una combinación que desafía al mejor artista.

Las plantas son más frioleras que las otras; por eso, los días de vacaciones será prudente, en invierno, meterlas momentáneamente en las habitaciones caldeadas. Se multiplican fácilmente por esqueje. Y, además, la siembra de semillas, hecha de Marzo a Abril, produce siempre numerosas variedades.

4.º *Cuphea*.—Alcanza de 0,20 a 0,25 metros de alto, y tiene, en todas las estaciones, bonitas florecillas tubulares y purpúreas. Da bonitos ramos enzarzados, que se propagan fácilmente por esquejes hechos en la primavera. No vive más que para florecer, porque los esquejes, apenas arraigados, dan ya flores, y no cesan ya de tenerlas.

5.º *Geranios*.—Es la planta ideal para las clases, en las que florecen durante los doce meses del año. Es muy resistente, soporta todo: la sed, el hambre, el frío, el calor, y no parece molesta ni aun cuando su follaje esté cubierto de una capa abundante de polvo.

Después de un año de vegetación, los tallos del geranio estarán demasiado largos. Ahora bien: los tiestos no serán realmente bonitos más que cuando son enanos y muy compactos. Para conseguir esto, recortad las ramas y los vástagos en Marzo, en el momento de esquejarlos, teniendo cuidado, siempre, de no hacer la tala sino por encima de una parte provista de dos o tres hojas.

Al trasplantar, sacudid la mayor parte de la tierra vieja, recortad las raíces y colocad la planta en un tiesto más pequeño que el anterior. En Mayo, cambiáis otra vez de tiesto.

Los esquejes de geranio agarran fácilmente. (Véase lo que se dice en la segunda parte de esta nota.)

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

6.º *Geranio de hiedra*.—Si no queréis hacer con esta especie cestas colgantes, será necesario sostenerle las ramas con uno o varios tutores o por medio de una pequeña armadura a vuestro gusto.

7.º *Heliotropo*.—El heliotropo no es bonito, pero ¡qué perfume más delicioso! Para conservarlo en invierno no le reguéis sino rara vez; el exceso de agua le hace daño.

En Marzo, cuando los brotes nuevos aparecen, trasplantadlo y recortad las ramas demasiado largas.

El heliotropo es una planta leñosa, susceptible de hacerse un arbusto de más de 0,70 m. de alto. Basta con sujetarla y guiar las ramas principales, sobre las cuales nacerán una gran cantidad de pequeñas ramificaciones florales.

8.º *Musc (Mimulus moschatus)*.—Todo el mundo conoce esta planta, de perfume característico. No necesita en invierno más que un riego muy moderado.

9.º *Pelargonium de grandes flores*. Este será uno de los tiestos más bonitos de la ventana. Sus flores, muy numerosas, se desarrollan durante la primavera y son sumamente variadas. Esta planta alcanzará en seguida una altura de 0,60 m. Si se hace demasiado molesta, cortadla de cuando en cuando, a raíz de la vegetación, en el momento del trasplante.

El *Pelargonium* debe plantarse en tiestos pequeños; el exceso de humedad le es muy nocivo, sobre todo en el invierno.

10. *Reseda*.—Durante los meses de Marzo y Abril están a la venta, a mínimo precio, en los mercados, tiestecitos de esta planta. Por unos céntimos, puede comprarse para perfumar con ella toda una clase.

La reseda es vivaz y se hace leñosa en la base; hacedla, pues, un arbusto, trasplantándola una vez al año y dirigiéndola.

11. *Laurel-rosa*.—Cuando las plantas son jóvenes, convienen especialmente para adornar las ventanas; más tarde, están indicadas para la ornamentación del patio.

El laurel rosa, dicen, con razón, que le gusta poner la cabeza en el fuego y el pie en el agua.

Se propaga fácilmente por esquejes. En Junio y Julio, mejor que en otra época, cortad una o varias ramas de 0,25 a 0,30 metros de altas; cortadlas en seguida por debajo de un verticilo de hojas, quitad estas últimas y dejad metido el esqueje, así preparado, en una vasija de cristal blanca, llena de agua clara. Si la vasija es grande, reunís en ella dos, tres... hasta diez esquejes. Estando la vasija bien expuesta al sol fuerte, echarán raíces al cabo de cinco o seis semanas. Dejadlas bien crecer antes de meter en los tiestos las plantas. Malo será si para sacarlos intactos tenéis que sacrificar el frasco. Hay que cuidar minuciosamente de que las raíces no se hieran o se rompan. Después de haber hecho un desagüe de ceniza de hulla en el fondo del tiesto, meted allí las raíces y llenadlo de tierra hasta que sobresalga sólo un poco la planta. Apretad ligeramente con la mano, y después regadlo mucho. El exceso de agua se irá por el drenaje; pero al pasar a través de la tierra el agua, habrá puesto las raíces en su sitio, acabando la colocación.

Ventanas expuestas al Norte o poco soleadas:

Las plantas cuyos nombres van a continuación, sufrirían si estuviesen expuestas directamente a los rayos del sol; conviene, pues, siempre que sea posible, colocarlas al Norte o al Oeste.

4.º *Adenostyles japonica* o *Farfugium grande*.—Nunca se recomendará demasiado esta planta, por lo fácil de cultivar y decorativa. Sus hojas, todas radicales, están reunidas en un haz de 0,15 a 0,35 m. de ancho; su limbo es redondeado y manchado de blanco o amarillo, sobre un fondo verde reluciente. La floración no realza en nada la belleza de la planta; es conveniente suprimir las inflorescencias en cuanto aparecen, tanto más cuanto que se desarrollan con detrimento del follaje. Se multiplica fácilmente, por división de los tallos, en el momento del esquejado.

2.º *Araucaria excelsa*.—Las araucarias son esos bonitos abetos que se admiran a menudo en las ventanas. Son plantas buenas y bonitas para las habitaciones. Sin

embargo, cuando se dejan dentro durante todo el año, su forma se estropea y se afean, las ramas se desmayan y caen a lo largo del tallo. Para evitar este inconveniente, poned la planta fuera, a la sombra, desde fines de Mayo a Setiembre; si es preciso, enterrad el tiesto en un arriate. De esta manera, las ramas adquirirán más resistencia y se mantendrán en una posición natural.

3.º *Aspidistra elatior*.—Es una mata de follaje de más de 0,60 m. de alto, de amplias hojas verticales, uniformemente verdes o estriadas longitudinalmente, de rayas blancas.

Es muy común en las ventanas, porque puede vivir sin necesidad de mucho cuidado. Basta echarles agua de cuando en cuando y limpiarles las hojas cuando están manchadas de polvo.

Se multiplica fraccionando los manojos grandes al principio de la primavera.

Nota. No metáis las plantas jóvenes en tiestos grandes.

4.º *Asplenium Fabianum et viviparum*.—Son helechos de follaje elegante, finamente recortado, formando tiestos muy ornamentales, de 0,20 a 0,50 m. de altos.

Hay que cuidar de que no les falte el agua nunca.

Los bulbillos o brotes foliáceos que llevan, que aparecen en las grandes hojas, sirven fácilmente para propagarlos. Basta, para obtener tiestos jóvenes, meter esos bulbillos en tiestecillos llenos de tierra ligera, a razón de tres o cuatro por recipiente, y cubriрlas con un vaso durante una semana o dos. Por razón de esta fácil multiplicación de esas especies, se les llama *vivíparas*.

5.º *Begonia*.—Todas las begonias son plantas ornamentales de interior.

Entre el número enorme de especies, son preferibles las siguientes: *Begonia rex*, *metallica*, *sanguínea*, *ricinifolia*, *semperflorens*, *weltoniensis fuschsioides*, *discolor*, *tubéreux*.

Las dos últimas son plantas tuberosas, que pasan el invierno en un reposo completo, y que exigen, por tanto, un tratamiento especial, que indicaremos después.

Es preciso mantener las especies de ve-

getación continua en una frescura constante durante todo el año; sin embargo, algo menos fresca en invierno que en verano y en primavera. Les pondréis tierra ligera y no los colocaréis en tiestos grandes. Todas la begonias se multiplican fácilmente por esquejes hechos desde Abril a Agosto.

PLANTACIÓN DE LAS BEGONIAS TUBEROSAS

Tomad un cajón de madera de 0,15 m. próximamente de hondo, de un largo y ancho proporcionado al apoyo de las ventanas y al número de tubérculos disponibles. Haced al fondo algunos agujeros, a fin de asegurar el buen funcionamiento del desagüe. Colocad, desde luego, una capa de ceniza fina de 0,02 m. de alta, y en seguida llenad de tierra ligera la caja hasta una altura de dos dedos del borde. Poned allí los tubérculos, uno al lado del otro, sin que se toquen; sujetadlos y cubrid de ceniza fina. Protegedlo, tapándolo todo con un cristal plano sobre la caja. Mientras no aparezcan los brotes, no reguéis, a menos de que la tierra no se haga muy polvorienta; en ese caso, basta con un riego ligero. A partir del momento en que los tubérculos echan raíces, importa tener el suelo con una frescura constante.

Más tarde, cuando las plantas tengan ya todas las hojas, sacadlas con todas sus raíces y metedlas en los tiestos.

Al entrar el invierno, sacaréis los tubérculos, y cuando hayan perdido la humedad que los cubre, los metéis en un caja, que debe colocarse en sitio seco.

6.º *Carex du Japon panaché*.—Esta planta forma un bonito penacho, pequeño, de hojas lineales de 0,25 a 0,40 m. de alto. Se la reparte felizmente entre todas las plantas de una colección; se multiplica fácilmente por división de las plantas.

7.º *Ophiopagon japonicum et Taburan*—Son pequeñas hierbas muy decorativas que no exigen sino un poco de agua y que adornan agradablemente el apoyo de las ventanas durante todo el año.

El primero es de cultivo especialmente fácil, así como las especies siguientes:

8.º *Rhodea japonica*.

9.º *Reineckia cornea*.

PLANTAS A LAS QUE CONVIENE
INDISTINTAMENTE CUALQUIER VENTANA

1.º *Anthericum lineare*.—No puede encontrarse planta ni más decorativa ni de más fácil cultivo. No exige cuidado alguno particular, y forma, según las variedades, soberbios tiestos o jaspeados. La encontramos también en la serie de las plantas para cestos colgantes.

2.º *Aralia japonica*.—Es un arbolito de amplio follaje palmeado, de un verde lustroso, jaspeado de blanco en una variedad de huerta. Las clases, el corredor sombrío o el patio, todo le viene bien; soporta hasta algunos grados de hielo; sólo necesita del riego.

3.º *Arum* o *Pied de veau*.—Muy ornamental, por su grande y bonito follaje y por sus numerosas trompetas de un blanco inmaculado que se desarrolla durante toda la primavera; el *Arum* es una de las plantas más estimadas para el interior. No necesita más que un trasplante anual y mucho riego durante el período activo de su vegetación, de Noviembre a Mayo. Se propaga fácilmente por trozos del tallo. Esta operación se hace con preferencia en medio del verano.

4.º En primavera, los jardineros venden a 0,30 ó 0,40 ptas. o a veces menos, tiestos de *Primavera de China*, de *Primula obconica*, de *Cineraria hybrida*, de *Calceolaria hybrida*, susceptibles de continuar floreciendo durante muchas semanas; las dos primeras florecen sin interrupción.

5.º *Clivia*.—De 0,40 a 0,50 m. de alta, la *Clivia* forma tiestos tan bonitos por su follaje como por los enormes ramos de flores liliformes que abren al acabar el invierno y en primavera.

No hay que trasplantarlos hasta que pasa la floración. Se aprovecha el trasplante para separar los retoños con raíces y hacer de ellos tiestos nuevos.

6.º *Coronilla glauca*.—Es un elegante arbusto, cuyos pequeños racimos de flores amarillas se abren de Noviembre hasta final de Abril. Florece aun muy joven, pues los esquejes, de algunos centímetros de

alto, hechos en Julio o en Agosto, dan, en el centro del invierno, muchas flores. Es poco exigente, basta regarlo de cuando en cuando; puede formar macetas de 0,30 a 0,50 m. de diámetro. La *Coronilla* prefiere tiestos pequeños y no exige sino trasplantarla cada dos años.

7.º *Dracæna indivisa*.—La belleza de estas plantas reside en el porte y la elegancia de su abundante follaje lineal, dispuesto en un voluminoso penacho.

Trasplantadas todos los años, cuando son jóvenes, durante dos o tres años seguidos, las *Drácenas* se imponen en todos los cultivos de interiores.

8.º El *Ficus elastica* o *árbol del caucho*, es conocido de todos, tanto en razón de sus cualidades decorativas cuanto por la facilidad con que se cultivan en el interior de las habitaciones. Debe aconsejarse que no se trasplante más que durante Abril o a fines de Agosto.

9.º *Fuchsia*.—Creemos que no hay una planta más popular que la *Fuchsia*; no la hay tampoco ni más bella, ni más florífera, ni más variada en la floración.

De Noviembre a Marzo, las regaréis muy poco, porque en invierno pierde su hoja, como los árboles de los bosques. Todos los sitios, aun los más oscuros, le convienen para el invernaje, a condición siempre de que la temperatura se mantenga algunos grados sobre cero.

En Marzo, en cuanto aparezcan los brotes jóvenes bajo las ramas, recortad estas últimas por encima de dos o tres pares de yemas, sacad del tiesto la planta, sacudid una gran parte de la tierra vieja, sacad las raíces y metedlo en un tiesto más pequeño lleno de tierra más ligera.

Más tarde, cuando las plantas estén en pleno crecimiento, o sea a fin de Marzo, volvedlas a sus tiestos.

Ninguna especie se propaga tan fácilmente como la *Fuchsia* por esquejes hechos durante la primavera.

10. *Impatiens Sultani*.—Planta herbácea de tallos suculentos de 0,30 a 0,40 metros de alta. Sobre las ventanas de las clases, dará flores todo el año, mediante riegos dados a tiempo. Los esquejes de ra-

mas hechos en primavera en una tierra muy arenosa, que se conserve fresca, agarran con gran facilidad.

11. *Laurier-tin*.—Este pequeño arbusto, muy ramificado, tiene el follaje de un verde oscuro y lleva de Febrero a Marzo, a la punta de sus ramificaciones, preciosos ramos de flores blancas.

No es friolero y se contentará, si acaso, con la ventana de un corredor. Durante el verano y parte del otoño, podrá dejarse en el patio o en el jardín. Florecerá mejor en invierno y en primavera.

12. *Algunos tiestos de plantas bulbosas de floración primaveral*.

A) *Jacinto*.—Nada más agradable al salir del invierno, que algunos tiestos de Jacintos en flor sobre las ventanas de una clase; sus colores son frescos, muy variados, y su perfume es sutil y suave. El cultivo del Jacinto, tan sencillo como poco costoso. Los bulbos de esta planta no cuestan más de 0,10 ó 0,15 la pieza. He aquí como se cultivan.

En la segunda quincena de Octubre, colocad en tiestos de 0,11 m. de diámetro, una capa de un dedo de espesor, ceniza de lumbre tamizada; llenadlos de tierra. Meted allí en seguida un bulbo lo más profundo posible. Hecho esto, llevad todos los tiestos al pie de una pared expuesta al norte, y cubridlos con una capa de ceniza de 0,15 a 0,20 m. de espesor. A fines de Diciembre, los Jacintos habrán echado algunas hojas amarillas en la ceniza. Sacad entonces algunos tiestos para ponerlos sobre las ventanas. Regad de cuando en cuando. De 15 en 15 días, retirad así algunos tiestos a la vez. Un mes después de haberlos puesto, son otras tantas macetas preciosas. Después de pasar la flor, sacad los bulbos y poned los tiestos que se sequen.

B) *Tulipanes*.—Procedéis del mismo modo con los Tulipanes. Sólo que en vez de plantar un bulbo en cada tiesto, ponéis tres en triángulo.

Observación.—Los bulbos de los Tulipanes cuestan casi la mitad que los de los Jacintos.

C) *Narcisos*.—El mismo cultivo que los Tulipanes. Cuando las flores de estas

dos últimas especies hayan pasado, cortad los frutos y llevad los tiestos al jardín o al patio, donde los regaréis de cuando en cuando, hasta que las hojas se pongan amarillas. Sacad entonces los bulbos y metedlos, hasta Octubre, en un sitio seco. Podréis, como veremos en la segunda parte de esta nota, hacer uso de ellos en el huertecillo.

¿Por qué delante de las ventanas no habéis de colgar algunas cestas en las cuales se cultiven plantas de tallos colgantes? ¡Es un adorno tan bonito!

Desterraréis las cestas colgantes, si tienen por objeto dificultar la entrada de los rayos de luz necesarios a la iluminación perfecta de la clase o si estorban para la ventilación indispensable en los locales escolares.

He aquí diferentes especies de plantas que se prestan admirablemente a la creación de esas cestas colgantes.

Anthericum lineare, *Asparagus sprengeri*, *Linaire Cymbalaire*, *Fraisier de l'Inde*, *Gérarium-Lierre*, *Lierre des Salons*, *Lysimaque nummulaire*, *Lierre terrestre vert ou panaché*, *Saxifrage «mère de famille»*, *Serpentine*, *Tradescantia*, verde, jaspeada o tricolor.

Sobre los apoyos exteriores de las ventanas: Cajas del largo que tengan los apoyos de las ventanas de 0,15 a 0,18 m. de alto y de ancho, llenas de buena tierra, podrán hacerse otros tantos macizos, de donde caerán hojas y flores. Basta sembrar en ellos, a fin de Abril, las especies siguientes:

Capucine de Lobb, *Capucine grande variée*, *Capucine des Canaries*, *Pois de senteur*, *volubilis*, *Haricots d'Espagne*, o plantáis allí, a fines de Marzo: el *Cobea*, *Lúpulo del Japón panaché*, el *Geranium-Lierre*, *Petunia*, al mismo tiempo que algunos *Geraniums*, *Begonia* o *Fuchsia*, etc. Os será fácil disponerlas en festón y en guirnaldas, que embellecerán, de modo admirable, el patio y el jardín.

DESTRUCCIÓN DE LOS INSECTOS NOCIVOS

A pesar de todos los cuidados de entretenimiento de las plantas, los insectos lle-

gan aún a elegir domicilio sobre muchas especies, y les causan mucho daño. Hay que hacer lo posible por quitárselos.

Para esto, hay a vuestra disposición dos insecticidas poderosos.

1.º El *jugo de tabaco*. Este líquido se obtiene a poco coste, haciendo hervir 250 ó 300 gramos de hebra de tabaco en 10 litros de agua. Se rocían las plantas atacadas del pulgón, como los Pelargonios, el Heliotropo, la Fuchsia, la Cineraria híbrida, etcétera, o se limita uno a lavar las partes atacadas por medio de un pincel.

Observación.—Las hebras del tabaco se venden en todas las fábricas de tabaco a razón de 0,30 francos, lo más, el kilo.

2.º L'XL *All.*—Es un líquido que se encuentra en la mayor parte de las droguerías y tiendas de semillas. Añadiéndole 20 ó 30 veces su volumen de agua, se riegan las plantas con auxilio de un pulverizador o de un pincel.

En muchos casos, bastará destruir los insectos al principio de la invasión para preservar los tiestos.

(Concluirá.)

ENCICLOPEDIA

TIPOS DE TIEMPO (1)

por el Prof. D. Nicolás Sama y Pérez,
Meteorólogo del Observatorio Central.

(Conclusión.)

En cada caso particular de los que presentemos, podrá apreciarse cómo están repartidos los fenómenos de mayor interés, teniendo presente que por ser las masas anticiclónicas bien definidas, pueden considerarse como independientes de la circulación atmosférica general, al menos en las capas inferiores, y en ellas se presentan con cierta frecuencia todos los cambios de *tiempo*, aunque con la característica de tranquilidad y poca violencia.

Así, las zonas centrales, sitio donde reina la calma, o el viento sólo adquiere fuerza de ventolina, son lugares apropia-

dos para que se puedan formar las nieblas continentales, fenómeno de importancia grande en agricultura, máxime cuando éstas van acompañadas en invierno o primavera de fríos durante la noche, debidos a la gran irradiación terrestre que la transparencia del aire del centro anticiclónico facilita.

Las nieblas intensas se forman casi siempre (en período anticiclónico y en el continente) cuando el suelo está relativamente caldeado y húmedo, el viento en *calma* y el aire con una componente de arriba abajo para que produzca la mezcla lenta de la capa de aire inmediata al suelo con la de mayor altura; un fenómeno inverso puede ser también causa de formación de las nieblas, a saber: suelo frío, en un principio, debido a la irradiación nocturna, hasta sobrepasar el punto de rocío con rapidez en la capa de aire inmediata a él y consecuentemente producción de escarcha o rocío durante la noche; al evaporarse el agua con la salida del Sol, se encuentra con una capa de aire más fría que la de tierra firme, y alcanza pronto el punto de rocío, el vapor de agua, apareciendo la niebla, generalmente de menor intensidad que las formadas mediante el mecanismo anterior.

Las nieblas de los mares y las observadas en las costas deben su formación a contrastes de temperatura entre el agua, el aire y la tierra firme, favorecidas unas veces por la fuerza y dirección del viento y por la circulación interna que la distribución de la presión imprime a las masas de aire.

No es nuestro propósito entrar en detalles acerca de esta materia, y sólo hemos citado lo anteriormente expuesto para que se vea comprobado y cómo es aprovechable el conocimiento diario de los elementos meteorológicos en el anticiclón ibérico, para deducir, por ejemplo, la probabilidad de que haya o no una niebla intensa o ligera sobre determinada región.

Como ejemplo del tipo de tiempo de sequía para España, con el cual no se registra más precipitación sobre nuestro suelo que la debida a las nieblas, rocío y escar-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

cha, puede presentarse el correspondiente a los días que mediaron entre el 22 de Diciembre del año 1911 y el día 4 de Enero de 1912 (1), y con sólo la cita de estas fechas está demostrado la gran estabilidad de estos anticiclones al reposar sobre la Península Ibérica.

Cuando, como ocurrió en este caso, al anticiclón precede un período borrascoso, que va acompañado de lluvias suficientemente abundantes y persistentes, o el cambio del uno al otro es brusco, en el borde del anticiclón, que avanza en el sentido en que la precipitación fué más copiosa, las nieblas aparecen y duran, no sólo un día, sino varios, o cuando menos, el Cielo está cubierto por un velo semejante al que presentan los nimbos en días precursores de nevadas, lo que, unido al frío, hace que se confundan fenómenos y clases de nubes muy distintas en cuanto a su estructura.

Bueno es recordar, por el interés que pueda tener, al tratar de predecir el tiempo en España, que al ser brusco el paso de la borrasca al anticiclón, no sólo en el borde, sino más al interior y aun en la zona central, la niebla primitiva puede alcanzar mayor consistencia y producir lluvia finísima y persistente, hasta tal punto, que puede hacer creer en una de las formas de lluvias anómalas; este fenómeno se presenta pocas veces, pero no tan pocas que sea innecesario tenerlo en cuenta.

En la época fría del año a que nos venimos refiriendo, es frecuente que la presión atmosférica aumente al Norte de España, en Francia y en el centro de Europa, y entonces el anticiclón de nuestra Península queda unido a aquellas presiones elevadas; pero rara vez pierde su carácter independiente, y si en alguna se funden las isobaras, con facilidad vuelven a cerrarse dentro de España. Los mapas correspondientes a los días 17 al 20 de Enero de 1911 son ejemplos buenos de esto que decimos y enseñan también la preponderancia de los centros de mayor presión a establecer-

se sobre los núcleos ya señalados, en que la temperatura normal es más baja; es decir, que frecuentemente se sitúan sobre la mitad septentrional de la Península Ibérica. En los días 27 y 28 del mismo mes se presenta también este tipo de tiempo, con las mismas particularidades.

Como hemos visto, las nieblas se producen en el límite del área central de los anticiclones, y cuando se mueven, varían éstas de posición o se acentúan; fenómeno análogo se observa también al cambiar de intensidad; por ello es frecuente ver desaparecer el área de presiones altas y observar mayor cantidad de nieblas y aun pasar de éstas al régimen lluvioso sin transición de Cielo claro, como ocurrió del 8 al 9 de Enero de 1913, al desaparecer el anticiclón por efecto de una perturbación oceánica intensa.

En el *Boletín Meteorológico* de los días 4 y 5 de Enero de 1913 puede apreciarse bien el influjo de la temperatura para el establecimiento de este tipo de tiempo de que venimos hablando sobre la Península Ibérica y circulación atmosférica del atlántico europeo, pues habiendo llegado una profunda perturbación del tiempo que afecta a nuestro territorio, sus efectos se hallan aminorados por la presencia del anticiclón ibérico, cuyo centro está entre Zaragoza, Soria y Guadalajara, el cual se debilita algo y se retira al siguiente día hacia Oriente, y vuelve el día 6 a quedar bien definido y caracterizado; es notable la marcha de las nieblas y su variación en cuanto a intensidad, que se amolda a lo dicho anteriormente. Puede verse también en la relación de la temperatura del día, a las ocho de la mañana, con la situación de los centros de presiones elevadas.

Los cirros que acompañan a esta clase de tipo de tiempo (nos referimos a España, y con preferencia al centro) indican poco, en cuanto a presumir que son avisos de cambio de régimen y proximidad de alguna borrasca, sino más bien y sobre todo al ser cirro-estratos o falso-cirros de poca velocidad, que la posición del centro anticiclónico varía de lugar o cambia de intensidad, hecho fácilmente comprobable por

(1) Remitimos al lector a la colección de *Boletines del tiempo*, publicados diariamente por el Observatorio Central Meteorológico, que debe hallarse en las Universidades e Institutos de España.

la marcha del barómetro y, por tanto, la mayor probabilidad de que las nieblas alcancen al lugar de observación, sobre todo si la humedad, la fuerza del viento y la temperatura presentan condiciones apropiadas. Conocidas son las particularidades de estos elementos meteorológicos, y sólo agregaremos aquí un hecho frecuente que acompaña a la formación de las nieblas, y es la poca firmeza del trazo del barógrafo; cuando este aparato está suficientemente *afinado*, la curva barométrica, independientemente de su marcha ascendente o descendente, según la hora del día y del proceso más amplio de formación o desvanecimiento del anticiclón, presenta una especie de vibración acusada por el festoneado o temblor de la curva.

Sabido es que las depresiones barométricas tienen, para el hemisferio Norte de la Tierra, un movimiento de traslación de Occidente a Oriente; pero también se sabe que la trayectoria de estas perturbaciones ciclónicas no puede señalarse de antemano y solamente es dable conjeturar de su probable posición viendo cómo varían todos los elementos meteorológicos que la integran. De las estadísticas hechas, resulta el Sur de España atravesado por menos de cinco centros borrascosos de esta índole al año, y la casi totalidad del territorio desde esta zona a Cantabria lo atraviesan de 5 a 10, existiendo una zona muy pequeña en Cataluña, que está sometida al influjo directo de las borrascas nacidas en el golfo del León, los mares de Provenza, en el golfo de Génova o que atraviesan el Mediodía de Francia desde el golfo de Vizcaya al Mediterráneo superior, que alcanza un término medio de 15 a 20 por año. Para completar, diremos que por el Cantábrico surcan de 10 a 15 centros borrascosos por año.

Lo dicho pone de manifiesto que los tipos de tiempo observables en España con caracteres ciclónicos, cuya trayectoria cruce nuestra Península, son relativamente raros, y si se presentan durante el invierno, el anticiclón ibérico sólo se desvanece lentamente en presencia de perturbación intensa, aminorando sus efectos para la Península.

Con ser raro este tipo de tiempo que trae consigo el régimen húmedo y lluvioso, no ofrece particularidades salientes que no sean conocidas, a no ser que la superficie de precipitación es generalmente extensa delante de la línea del surco barométrico, particularidad no sólo observable en esta clase de trastornos atmosféricos durante el invierno, sino también durante los de la misma clase del otoño y primavera.

Siempre que se presenta con caracteres bien definidos este tipo de tiempo en el centro de España, la nota más característica dada por nuestro suelo, es la mayor precipitación recogida en las vertientes marítimas, lo cual es explicable por la expansión que el aire experimenta al subir y atravesar las cordilleras situadas paralelamente a las costas; los vientos del N. en Cantabria, los del S. en Andalucía y los del E. en Levante producen en las condiciones referidas el fenómeno que señalamos. Donde se aprecia bien esto es en la región Cantábrica, llegando a tanto algunas veces, que con cielo claro sobre el mar, llueve francamente en el interior de la montaña, cuando la distribución de la presión es la referida anteriormente o alguna similar.

Las variaciones de la temperatura al paso de una de estas depresiones son las tan conocidas y explicadas; sólo insistiremos, una vez más, que en la Península Ibérica el cambio de tiempo se opera bruscamente al paso del surco barométrico, pues sabido es lo pronto que se restablece el tipo anticiclónico de la Meseta central; esto, unido a la mayor intensidad que a veces adquieren las perturbaciones ciclónicas del Atlántico al llegar al Mediterráneo, pues se debilitaron al reposar en España, hace que los vientos soplen con fuerza de los cuadrantes del N. y produzcan, unidos al frío, grandes perjuicios.

Es, pues, un tipo de tiempo importante para España, por los efectos debidos a los vientos fuertes y fríos de la región del N., cuando se establece o avanza el máximo barométrico del Atlántico, después de haber pasado sobre nuestro territorio una borrasca o (y esto es mucho más frecuente) conservando esta posición el máximo

del Atlántico, se halla en el Mediterráneo una borrasca, nacida en Provenza como secundaria de otras que residen sobre el centro europeo o con carácter independiente; en esta disposición, las isobaras que surcan nuestro suelo son casi paralelas, con poca curvatura, colocadas en el sentido de los meridianos, y varían moviéndose como las agujas de un reloj. Ejemplo de este régimen de tiempo es el correspondiente al día 22 de Enero de 1910 a 8^h y puede apreciarse la distribución de los elementos meteorológicos que le corresponde. Todo el día 21 y el 22, durante los cuales se desarrolló este tipo de tiempo, los vientos fueron duros del cuarto cuadrante, el cielo estuvo con muchas nubes y llovió por casi toda España; la temperatura experimentó un descenso notable y mucho más por efecto del viento en los objetos humedecidos. Naturalmente, a un viento de esta índole, en que, además de la fuerza, se mantiene bastante tiempo en una misma dirección, corresponde agitación profunda del mar, sobre todo en las costas en que el mar está del lado de donde sopla el viento; en el caso presente se ve lo agitado del Cantábrico y, en cambio, el Mediterráneo no lo está tanto, a pesar de que la fuerza del viento no es menor aquí que allí.

El establecimiento de este tipo de tiempo se debió al paso de una borrasca secundaria desde el Sur de Francia al Mediterráneo y a la invasión de la Península Ibérica por el anticiclón que reposaba hacia las Canarias.

Si las altas presiones se colocan en Andalucía, Argelia y Marruecos, después de haber estado sobre el territorio nuestro, movimiento efectuado por la presencia de presiones débiles, de carácter borrascoso, hacia las islas Británicas, las isobaras que cruzan la mitad septentrional de España toman la forma de isobaras rectas, y con esta disposición, el cielo se cubre de nubes y llueve, generalmente, en Galicia, Cantabria y, menos copiosamente, sobre Castilla; como, por lo común, no es suficientemente intensa o pasa demasiado lejos la perturbación atmosférica del Norte de Eu-

ropa, el anticiclón ibérico continúa actuando, y las isobaras cambian de dirección al llegar a tierra aragonesa, para marchar de N. a S. por las costas levantinas, favoreciendo la formación del mínimo secundario del Mediterráneo superior o el paso a este mar de alguno ya existente y que gira alrededor del principal, al pasar éste al Báltico.

La característica de esta forma de isobaras es que acentúan la intensidad y fijan más la dirección de los vientos terrales del cuarto cuadrante, fríos y secos en las comarcas de la vertiente del mar Balear y del golfo del León, y para la zona Norte de España puede decirse que se establece el régimen de vientos del O., húmedos y templados.

La posición de las presiones altas a que venimos aludiendo, favorecen el paso de las perturbaciones atlánticas que han tenido nacimiento en latitudes bajas, cerca de las costas ibéricas, y llega a establecerse, al alcanzarnos el efecto de alguna, el régimen de vientos del Sur para la mitad occidental de España, observándose que muy rara vez llegan a poder romper la resistencia del anticiclón, a pesar de no encontrarse ya perfectamente afirmado en el macizo frío de la meseta castellana. El efecto inmediato es el desvío de la trayectoria de la borrasca, y el paso, bordeando las costas portuguesas, a las de Galicia, para reposar luego en el golfo de Vizcaya y seguir después la trayectoria normal del Canal de la Mancha y mar del Norte.

Algunas veces, el anticiclón español llega a desaparecer; se retira caminando a latitudes más bajas, o se funde al de Europa oriental, facilitando el acceso de todas las modificaciones ciclónicas del Atlántico e imprimiendo a los elementos meteorológicos el consiguiente cambio.

Este hecho es de interés al tratar de la predicción del tiempo, pues la carencia de estaciones meteorológicas desde las Azores a Portugal hace difícil poder seguir paso a paso la marcha de la borrasca y, por tanto, averiguar la trayectoria probable. En el caso presentado durante los días que mediaron del 9 al 14 de Enero de

1912, por ejemplo, se aprecian los síntomas, primero de perturbación atmosférica importante al Oriente de las Azores, después el efecto alcanza a las costas portuguesas, y ya al centro de la Península Ibérica llegan los primeros indicios de que se avecina el cambio del régimen seco al húmedo y lluvioso; pero el conocido influjo de nuestro territorio, opuesto al paso de esta clase de perturbaciones, favorecido aquí por el desarrollo que toman las presiones altas del continente europeo por haber desaparecido una pequeña perturbación del golfo de Génova, hace que no progrese la del Atlántico, se incline hacia el S., se debilite y funda, por último, entre las costas del golfo de Cádiz y las de Marruecos.

Este hecho se repite muy frecuentemente y sirve de base para predecir con éxito cuándo ha de establecerse el Levante en las costas andaluzas y, en general, el régimen de vientos del primer cuadrante para toda España, con el consiguiente carácter de tiempo, según la región donde sople.

Ya hemos repetido varias veces lo difícil que es hallar borrascas atlánticas que atraviesen el territorio español; pero si éstas, al aproximarse a Portugal, cambian su ruta al S. y se sitúan al Oeste del Estrecho de Gibraltar, además de originar el régimen de vientos referido anteriormente, pueden pasar al Mediterráneo, dando lugar a un tipo de tiempo bastante bien caracterizado por sus lluvias en Andalucía, Murcia, Valencia y Cataluña, y también, aunque con menor intensidad, en el centro de España, con vientos del primer cuadrante. Este tipo de tiempo es más frecuente durante los períodos de transición, primavera y otoño, pero aun se presenta con relativa frecuencia en el de invierno, si bien los efectos son mucho menos importantes e intensos.

La presión atmosférica se reparte del modo siguiente: Es necesario que llegue o se forme una depresión barométrica sobre el Mediterráneo occidental, a la altura de las islas Baleares; las presiones altas han de aparecer separadas, formando dos núcleos anticiclónicos, uno colocado en Eu-

ropa oriental, y el otro en el Atlántico, al Occidente de Portugal, quedando entre los dos macizos, conforme caminamos a latitudes más elevadas, un espacio de presiones uniformes sobre el centro europeo, que se va debilitando hasta llegar al mínimo barométrico del casquete boreal.

Para llegar a esta posición, el mínimo barométrico ha debido aparecer en alguna comarca lejana del Mediterráneo para que pueda seguirse su curso y poder predecir el tiempo subsiguiente en parajes determinados.

A 100 borrascas que se presenten por el Estrecho de Gibraltar corresponden, consecutivamente, 72 en el Mediterráneo, y de igual modo, el tanto por ciento de las de Francia, Inglaterra, Noruega y Rusia es, respectivamente, de 59, 37, 33 y 14; así resulta, al menos, del estudio de gran cantidad de mapas diarios del tiempo y de trayectorias bien definidas de depresiones completamente caracterizadas.

Al atravesar la Península Ibérica o pasar por sus cercanías, el viento sigue naturalmente la ley de Buys-Ballot, y el *tiempo* alrededor de las isobaras es el tan conocido según la región del mínimo barométrico que se considere; pero lo importante para nuestro propósito es señalar, no el tipo estable de tiempo lluvioso para las regiones de Andalucía y Levante, puesto que la característica de los tipos húmedos está precisamente en la variabilidad de las formas isobáricas, sino las condiciones favorables con que se produce. Así, tanta mayor probabilidad habrá para llegar al tipo a que nos referimos (que ya para España caracteriza la fase final) cuanto más tienda la presión atmosférica precedente a tomar la forma citada.

Si solamente empieza por cumplirse alguna de las condiciones, y subsiguientemente van apareciendo las otras, tendremos cada vez más elementos para juzgar de la probabilidad del acierto al esperar el tiempo lluvioso en las regiones más castigadas por la sequía.

La casi totalidad de las depresiones que llegan a entrar en el Mediterráneo procedentes de Gibraltar o del territorio espa-

ñol, coinciden con presiones elevadas al Oriente de Europa, y el tanto por ciento disminuye mucho cuando aparecen las borrascas sobre las islas Británicas y aun más con las de Noruega, llegando a 69 y 37 por 100, respectivamente. De esto se deduce claramente que puede preverse el régimen lluvioso de las regiones orientales de España por el conocimiento diario de las variaciones de la presión atmosférica sobre el continente europeo. Ya veremos, más adelante, un caso de las depresiones con trayectoria poco frecuente y los efectos producidos en la Península Ibérica.

Antes de llegar la perturbación al golfo de Cádiz, tiene poca profundidad barométrica, y por lo común es de escasa extensión, perdiendo al ponerse en contacto con las presiones altas del territorio español algo de su importancia por el lado en que toca al anticiclón, con lo cual parece que la borrasca camina en sentido opuesto, retrocede o se dirige hacia las Canarias, para volver a intentar el asalto del Estrecho, volviendo otra vez a repetirse el fenómeno si se robustecen las presiones elevadas del centro castellano, al mismo tiempo que se desgastan, por decirlo así, las de los bordes del SW.

Este movimiento oscilante, tanto más acusado cuanto más intensos son los fríos continentales, se pierde en gran parte al unificarse las temperaturas de mar y tierra, facilitando así el paso de las perturbaciones oceánicas al Mediterráneo.

El estudio del Levante en el Estrecho de Gibraltar va unido estrechamente al proceso de borrascas de esta índole, y para su previsión durante el invierno ha de seguirse atentamente las vicisitudes de las altas presiones ibéricas y de la temperatura de nuestro suelo.

Como ejemplos de esta clase de tipo de tiempo, puede señalarse la disposición de las isobaras y cómo se agrupan alrededor de ellas los elementos meteorológicos durante los días que mediaron desde el 10 al 14 de Enero de 1912, y en ellos se observa al mismo tiempo cómo influye la zona fría de la cuenca del Ebro para la segmentación anticiclónica y cómo adquiere o pierde intensidad el Levante del Estrecho.

Las presiones elevadas del continente europeo pueden efectuar un movimiento hacia el mar del Norte o pueden llegar a estos parajes centros anticiclónicos nacidos en el Atlántico, con lo cual las modificaciones de carácter ciclónico encuentran facilidad de llegar hasta las costas de nuestra Península y adquirir importancia notable, si ya la estación invernal está muy avanzada o en sus comienzos; en todos los casos se establece el tipo de tiempo que pudiéramos llamar de vientos del E., porque sobre toda España dominan los de este rumbo, acentuándose esto al llegar las presiones débiles a situarse al SW. del cabo de San Vicente. Con este tipo de tiempo coincide mal tiempo para las costas catalanas, principalmente por los efectos del mar que levanta el viento; las lluvias suelen ser poco abundantes.

Sirva de ejemplo la distribución y proceso de los elementos meteorológicos durante los días 1 al 3 de Febrero de 1911, y en ellos se ve claramente la débil cantidad de lluvia y la poca extensión de ésta, dada la importancia de la borrasca.

No siendo frecuentes durante el invierno las formas isobáricas de perturbación secundaria, en V, de forma de cuña, el paso por nuestro territorio de las *líneas de chubasco* y guardando, tanto en invierno como en los meses de transición, caracteres generales comunes que sólo varían en cuanto a su intensidad y duración, atendiendo a las particularidades de momento, dejaremos el presentar ejemplos de cada uno de estos casos para otra ocasión.

Sólo por tratarse de un caso particular excepcionalmente violento y raro en esta época del año, como ya más atrás se ha dicho, citaremos el de la marcha rapidísima de una importante borrasca desde el mar del Norte al Mediterráneo con trayectoria rectilínea, atravesando Francia, en cuya marcha se siguen perfectamente todos los cambios clásicos de las variaciones meteorológicas de los tornados. Pueden estudiarse también en este caso los efectos pasajeros de la *cresta* de las isobaras en cuña y la importancia que en la formación y desarrollo de las nevadas sobre España tiene la simultaneidad de dos depresiones,

atlántica una y mediterránea la otra, si bien en el caso presente, la atlántica es una pequeña perturbación secundaria. Este ejemplo también nos confirma lo que se repite casi sin excepción: que son muy raras las borrascas que se introducen en África venidas desde parajes septentrionales y que todas o casi todas se alejan invariablemente al Oriente, siguiendo el camino señalado por el mar.

Los mapas publicados por el Observatorio Central Meteorológico, correspondientes a los días 12 al 16 de Enero de 1911, dan mejor idea que pudiéramos hacerlo aquí, de todos los detalles y de las particularidades a que nos venimos refiriendo.

INSTITUCION

IN MEMORIAM

DEUDA

Un año ha nos abandonó D. Francisco Giner de los Ríos, el sabio, el santo, el fuerte. No nos atrevimos a decir nada. Un año hemos pasado sin atrevernos. Ahora que todos, íntimos y no íntimos, discípulos y no discípulos, han hablado, no es de extrañar que lo hagamos. Recordemos... Dos años hace que, en Cercedilla, al pie de «Siete Picos», rodeados de nieve, el viejecito, joven por su vigor, entusiasmo y optimismo, al contarle que habíamos pasado un dulce sueño en una mullida cama de un confortable chalet de la Sierra, nos decía: «Ustedes son unos sibaritas; a mí me sobra con mi colchoneta... Ya quedará tiempo para hacer lo que hacen... Ir a la Sierra y dormir tan cómodamente...»

Y hace unos tres años, al pedirle temerosamente, y adivinando ya su contestación, sin saber por qué, unas cuantas palabras para *El Magisterio*, dedicadas a nuestro inolvidable y querido maestro Don Agustín Sardá, nos contestó: «Usted no pide esto para Agustín; lo pide por lo que puede lucir en el periódico una firma; nunca he hecho notas semejantes: es más, soy muy contrario a ellas... La memoria de las

personas hay que honrarlas con hechos y no con palabras... Mejor sería, acaso, que, por ejemplo, los maestros tarraconenses costearan una pensión a un estudiante pobre: sería, realmente, lo que más agradecería el que siempre vivió para los maestros...»

¿Me excusé de mi torpeza?... y, ¿para qué?... Me admiró, me entusiasmó. ¿Cómo no, si en D. Francisco todo era de admirar? En verdad, D. Agustín, para saber lo que los maestros tarraconenses le querían y lo que le amábamos sus discípulos, no necesitaba palabras laudatorias; pero estas palabras, verdaderamente se dijeron para que lo supiesen los demás, si es que lo ignoraban.

Hechos pedía D. Francisco para Don Agustín: si algo queremos ofrecer a Don Francisco, hechos han de ser; y ya que ahora no podemos ofrecérselos, tendríamos que callarnos... Pero hablemos para prometerlos, y cumplamos luego los que, aun sin haber sido de su intimidad, sentíamos devoción inmensa hacia él. Y estos hechos, estos actos han de consistir, a su imitación, en la práctica de los grandes ideales, movidos por el resorte del optimismo. Y ya que nunca nuestra vida igualará a la suya, por lo menos que se inspire en sus normas: desinterés, altruismo, recta conducta, convicciones sólidas, religiosidad.

Don Francisco no pidió escritos bellos que cantaran su vida inmaculada: pidió, pedía siempre, se exigía a sí mismo, hechos y más hechos, trabajo y más trabajo para regenerar a España, para el bien de todos. ¿Qué hacemos los jóvenes de hoy, en los cuales D. Francisco pudo poner sus esperanzas? D. Francisco no pronunciaba discursos: los jóvenes españoles no hacemos otra cosa. D. Francisco trabajó para los demás, que para él constituían los amigos y los íntimos: los jóvenes de hoy no trabajamos (cuando lo hacemos) más que para nosotros mismos. Hemos llevado el egoísmo a su grado más extremo: la cama propia bien mullida es lo que sólo nos preocupa. D. Francisco fué siempre optimista: encontraba continuamente solucio-

nes favorables para el renacer de España. Los jóvenes de hoy somos tremendamente pesimistas: no tenemos fe en resurgimiento alguno, al paso que ella guió siempre a D. Francisco.

Estas afirmaciones las formulamos con pesar después de cuatro años de estrecho contacto con centenares de estudiantes amigos, de todas las carreras y facultades. ¿Para qué seguir más? Los jóvenes de hoy somos el reverso del sabio viejecito joven: somos jóvenes viejos. Hasta que seamos todo lo contrario, y lo demostremos con hechos, no habremos pagado a D. Francisco absolutamente nada de lo muchísimo que le debemos los jóvenes españoles. Y esto se logra haciendo

¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

dice el poeta.

Trabajando con el pensamiento y el corazón en nobles ideales, complaceremos, veneraremos a D. Francisco, que vive eterno en nuestra memoria.

MODESTO BARGALLÓ ARDÉBOL.

(*El Magisterio Tarraconense*. Reus, 28 Febrero 1916.)

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1)

Es tan grande mi emoción al conocer el hecho de la muerte de D. Francisco, que no puedo dominar el deseo de rendirle mi modesto homenaje.

Nosotros, los que nos hemos educado en la «Institución Libre de Enseñanza», vemos en él una especie de padre espiritual, pues supo interesarnos tanto, que a pesar de los cambios que nuestras vidas sufrieron, el recuerdo de esta voluntad equilibrada y las horas agradables pasadas con él, no pudo apartarse de nosotros.

Ayer, cuando después de muchos años fui a recoger noticias del enfermo, al ver

(1) Aunque se aparta de la órbita de nuestra Revista, haciendo una excepción en honor del que fué maestro de cuantos forman parte de ella, de todos los españoles cultos de las nuevas generaciones, dedicamos estas líneas a la memoria excelsa de Don Francisco Giner de los Ríos.

a todos con la natural tristeza, en aquellos lugares donde sonaron nuestras mejores risas, contemplando el jardín donde tanto correteamos, lo vi de nuevo tan niño como nosotros, con aquella dulzura y amenidad que hacía que, aun presintiendo en él algo de muy grande y muy superior, le buscáramos y nos diera la ilusión de otro niño que por un raro misterio tuviese los cabellos blancos.

Sin duda alguna, es una de las primeras figuras pedagógicas de nuestra época, y la «Institución», de la que fué fundador, es la primer escuela libre que hubo en España e inicia ella sola el movimiento de enseñanza más interesante que aquí se haya presentado.

Claro está, como su fundador no hizo más que consagrar su vida a esta idea y darle su cerebro y su enorme inteligencia, no hizo el ruido, ni provocó los adeptos que otras escuelas que más tarde se fundaron con miras más bien políticas que de humanidad, y cuyos iniciadores supieron pasar por mártires y ser convertidos en símbolos.

Él, con su tipo de pretor romano y su alma pagana, sólo fué (y no pretendió otra cosa) un hombre bueno que recoge en sí todas sus energías, y simplemente, con su reír afable, consagró su vida entera a una idea, a un ideal, y este esfuerzo se lo ofrece, como es natural, a la humanidad.

Su gesto es tan sencillo, que no es de extrañar no se le diera la importancia que debió a su obra.

Y ahora, en que la muerte obligará a todos a poner de relieve la figura de este gran hombre, y no con la idea de hacer justicia, pues todos se la harán, sino con la misma emoción con que se ponen unas florecillas sobre el cuerpo del ser que amamos, dedícole estas líneas al profesor y al apóstol, que fué para nosotros algo más que un hermano.

LUIS E. DE LA ROCHA.

(*La Razón*. Madrid, 21 Febrero 1915.)

EL MAESTRO DE MAESTROS QUE SE FUÉ

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

—Usted perdone. ¿Hace mucho que ha comenzado la clase?

Eso me preguntó cierto día un viejecito nervioso, que acababa de entrar en el aula donde el llorado Salmerón explicaba, con aquel su verbo rotundo y grandilocuente, sus ideas sobre el problema moral.

¿Quién era aquel oyente? Yo lo miraba con curiosidad. Tenía delante un carnet, en el que apuntaba, de vez en vez, alguna frase, alguna indicación. Quieto, inmovible, fijos los ojos en los labios del ilustre D. Nicolás, seguía su discurso con extraordinaria atención. El profesor hablaba, deslumbrándonos a los pobres provincianos, que no podíamos escucharle sin el prejuicio que fomenta la distancia. Al final, salía el viejecito, bajaba en dos brinco la escalera de la Universidad Central, y desaparecía por la calle Ancha.

El espectáculo se repitió varios días de aquel mes de Octubre, en que vine a hacer mis estudios del Doctorado. Al cabo, un día, se me ocurrió ir a la clase de Filosofía del Derecho, y mi sorpresa fué grande al encontrarme junto a la mesa, de pie, al viejecito que iba de oyente a la cátedra de Metafísica.

Era Giner de los Ríos. D. Francisco, el abuelito, como le llamaban los niños que se educan en los jardines de la Institución. Confieso que no me interesaba mucho lo que él explicaba en su cátedra; pero tenía tal atractivo su palabra, removía de tal modo mi pensamiento, que decidí ser un alumno más en su clase. Luego fuí su amigo, su devoto durante unos cursos. Hace de esto diez o doce años.

En su clase había muchos alumnos oficialmente; pero, a diario, sólo íbamos unos cuantos. Trabajaban cuatro o cinco; los demás, oíamos y gozábamos con aquella admirable gimnasia a que obligaba su explicación. Al terminar la hora oficial, un bedel avisaba secamente, y el bueno de D. Francisco nos decía:

—Vaya, es la hora; vámonos de aquí.

Y agrupados bajábamos las escaleras y seguíamos oyendo sus palabras, sin darnos cuenta de los codazos y los empujones de los transeúntes. Recuerdo que un día nos dieron las siete en una farola de los bulevares. D. Francisco no tenía prisa cuando estaba comunicando a los jóvenes sus lecturas, sus estudios, sus enseñanzas.

Vivió siempre para los demás. Tenía dinero y lo daba a los pobres; reclamaban su energía para la política, y la consumía educando niños; leía y estudiaba, no para sí, sino para comunicarlo a los demás buenamente, graciosamente. Era un caso de abnegación viviente. No ambicionaba fortuna ni gloria, dinero ni vanidad. Quería sólo ser útil a la humanidad, derrochando lo único que poseía: el tesoro inagotable de su ciencia.

Yo he sentido su muerte, con el dolor de quien ve desaparecer al maestro que tantos horizontes descubrió, al hombre que, por cima de todas las cosas del mundo, colocaba el desinterés, el amor al prójimo, la bondad, la conciencia de lo humilde.

Y del fondo de mi alma surge una ofrenda de respeto, de amor, hacia aquel viejecito adorable, tan bondadoso...

V. BALLESTER-SOTO.

(*La Razón*. Montevideo, 18 Marzo 1915.)

LIBROS RECIBIDOS

Commissioner of Education. — *Report of the... for the year ended June 30, 1914*. 2 vols.—Washington, Government Printing Office, 1915.—Don. del Comité de Educación.

The Smithsonian Institution. — *Annual Report of the Board of Regents, 1914*. — Washington, Government Printing Office, 1915.—Don. de la Institución.

Capen (Samuel Paul). — *Opportunities for foreign students at Colleges and Universities in the United States*. — Washington, Government Printing Office, 1915. Donativo del Comité de Educación.

Pérez (Dr. Abel J.). — *Memoria correspondiente a los años 1911 a 1914, presentada a la Dirección General de Ins*

trucción Pública.—Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1916.—Don. del autor.

Russo (Gerardo G.).—*Anuario estadístico de la República del Paraguay.*—Asunción, Talleres gráficos del Estado, 1915.—Don. de íd.

Institut d'Estudis Catalans.—*Arxius de l'Institut de Ciències. Any III. N.º 2 y 3.*—Barcelona, Palau de la Diputació.—Donativo del Institut.

Idem.—*Butlletí de la Biblioteca de Catalunya. Any II. N.º 4.*—Barcelona, Palau de la Diputació, 1915.—Don. de íd.

Idem.—*Escola Superior dels Bells Oficis.*—Barcelona, Diputació, 1915.—Donativo de íd.

Idem.—*Escuela Industrial de Barcelona.* Cursos de 1913 a 1914 y de 1914 a 1915.

Idem.—*Escola Superior d'Agricultura.*—5 folletos.—Barcelona.—Don. de íd.

Consell d'Investigació Pedagògica.—*Quaderns d'Estudi. Revista dedicada a Mestres i Professors.*—Barcelona, 1915.

Gottron (Dr. A.).—*L'edició maguntina de Ramón Lull.*—Barcelona, Palau de la Diputació, 1915.—Don. de íd.

Davignon (Henri).—*Bélgica y Alemania. Recopilación de textos y documentos.*—Londres, Harrison, 1915.—Donativo del autor.

Tutoria Central da Infância de Lisboa. Relatorio do Juiz Presidente.—Lisboa, Imprenta Nacional, 1916.—Don. de la Tutoria.

Sagasta (Excmo. Sr. D. Bernardo M.).—*Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.* Madrid, Renacimiento, 1916.—Don. de la Academia.

Estación de Ensayo de Semillas.—*Memoria anual, 1914.*—Madrid, R. Velasco, 1915.—Don. del Director de la Estación.

Idem.—*Algunas estaciones de Europa.*—Madrid, R. Velasco, 1915.—Don. de íd.

D'Alessio (Prof. Av. Francesco).—*La forza dell'opinione pubblica nello Stato moderno di diritto.*—Università d'Urbino, 1915.—Don. de la Universidad.

Labra (D. Rafael M. de).—*Discurso inaugural del curso académico de 1915-*

16 del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid.—Madrid, J. Ratés, 1915.—Don. del autor.

Idem.—*El problema hispano-americano.*—Madrid, J. Ratés.—Don. de ídem.

Fundación González Allende.—*Estatutos.*—Madrid, Suc. de M. Minuesa, 1915. Donativo de la Fundación.

Dantín (Juan).—*Las tierras negras de Marruecos.*—Madrid, 1915.—Don. de la Junta para Ampliación de Estudios.

Obermaier (H.).—*El glaciario cuaternario de la Sierra de Gredos.*—Madrid, 1915.—Don. de ídem.

Schmidt (Dr. Hubert).—*Principios de la edad de los metales en España.*—Madrid, 1915.—Don. de ídem.

Abusalt de Denia.—*Rectificación de la mente. Tratado de Lógica.* Texto árabe, traducción y estudio previo por C. Angel González Palencia.—Madrid, 1915.—Donativo de ídem.

Aguilera y Arjona (Alberto).—*Galicia. Derecho consuetudinario.*—Dos ejemplares.—Madrid, F. Beltrán, 1916.—Don. del autor.

Rivarola (Rodolfo).—*Universidad social. Teoría de la Universidad moderna.* Buenos Aires, J. Roldán, 1915.—Don. de ídem.

Monte de Piedad y Caja de Ahorro de Madrid.—*Memoria y Cuenta general correspondiente al año 1915.*—Madrid, Sanz Calleja, 1916.—Don. del Director-Gerente.

Romain Rolland.—*Vidas de hombres ilustres. I. Vida de Beethoven.* Traducción de Juan Ramón Jiménez.—Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.—Don. de la «Residencia».

Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín.—Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.—Don. de íd.

Floriano (Dr. Antonio C.).—*La iglesia de Santiago de los Caballeros, de Cáceres. Descripción histórico-artística.*—Cáceres, S. Floriano, etc., 1915.—Donativo del autor.